



espol®

Facultad de Arte, Diseño y
Comunicación Audiovisual



VOLUMEN 6. NÚMERO 1



Facultad de Arte, Diseño y
Comunicación Audiovisual

Autoridades

Cecilia Paredes Verduga, PhD.

Rectora

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Paola Romero, PhD.

Vicerrectora de Docencia

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Carlos Monsalve, PhD.

Vicerrector de Investigación

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Nayeth Solórzano Alcívar, PhD.

Decana FADCOM

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Carlos González Lema, MSc.

Sub-Decano FADCOM

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Director

Marcelo Báez Meza, PhD

Editor Gráfico

Antonio Moncayo Moncayo, MSc.

Consejo Editorial

Omar Rodríguez, MSc.

Daniel Castelo, MSc.

Diana Macías, MSc.

Alla Kondratova, MSc.

Ariana García, MSc.

Gestión de Apoyo y Difusión

José Luis Castro, MSc.

Escuela Superior Politécnica del Litoral, Ecuador

Diagramación

Cinthia Mera Monte

Portada

Juan Carlos Jurado Reyna

Título: Sin título

Colección: Tiniebla Sagrada

Medidas: 23 x 31

Técnica: Mixta sobre cartulina

Año: 2023

Contraportada

Juan Carlos Jurado Reyna

Título: Sin título

Colección: Tiniebla Sagrada

Medidas: 13,5 x 21 cm.

Técnica: Óleo sobre cartulina

Año: 2023

Imágenes

Cinthia Mera Monte

Páginas: 7-8-11-19-21-37-63-79-85-95

Alison Reyna Montoya

Páginas: 45-81

Paulette Herrera Landetta

Páginas: 35

Pixelettras, Revista Literaria de FADCOM, es una publicación de arte y literatura semestral de la Facultad de Arte, Diseño y Comunicación Audiovisual y de la Escuela Superior Politécnica del Litoral (ESPOL), dirigida a profesores, estudiantes, profesionales de la Comunicación, amantes del Arte y Literatura, en general. Es editada en la ciudad de Guayaquil, Ecuador. Campus Gustavo Galindo. Km 30,5 Vía Perimetral.



Contenido

Editorial	9
Cuento	
<i>(Des) memoria y otros textos de Lucía Eugenia Orellana</i>	12
<i>Evitar en lo posible mirarme al espejo y otros textos de Silvia Pérez Loose</i>	16
Poesía	
<i>Manual de acción poética de Jorge Velasco Mackenzie</i>	22
<i>Enciendefuegos de Luis Carlos Mussó</i>	30
Novela	
<i>Leonor de Viviana Cordero</i>	38
<i>Las románticas y el rey de Cacha de Raúl Vallejo Corral</i>	46
Entrevista	
<i>Cuestionario Proust-Pivot contestado por Rocío Soria</i>	54
Rookies	
<i>La deformidad del amor de Juan A. Paredes Beckmann.</i>	64
<i>Razones equivocadas de Alexia Castro</i>	72
In memoriam Antonio Skármeta	80
Miscelánea	
<i>Memorias de un médico guayaquileño de Ricardo Ortiz San Martín</i>	86
<i>Mira, Gilda de Liliana Miraglia</i>	90
Fichas de los colaboradores	94

Editorial







Queridos lectores, bienvenidos a un nuevo número de Píxeletras, la revista de la Facultad de Arte, Diseño y Comunicación Audiovisual de la Escuela Superior Politécnica del Litoral. Este número nace en tiempos de sombras, trabajamos durante la crisis energética que ha dejado a nuestro país sumido en apagones, una realidad que nos obliga a reflexionar sobre las luces que aún podemos encender. En estas páginas, la literatura se alza como la única llama posible, un faro de esperanza que ilumina incluso los momentos más oscuros.

Este número tiene el honor de publicar poemas inéditos de Jorge Velasco Mackenzie, una de las voces más emblemáticas de nuestra narrativa contemporánea, y del poeta, también guayaquileño, Luis Carlos Mussó, quienes aportan con una fuerza lírica capaz de conmover e interpelar a los que buscan nuevas rutas en las letras nacionales. Estos textos son un testimonio de que la palabra poética sigue siendo un refugio y un motor para imaginar el porvenir.

Asimismo, celebramos la presencia de dos novelistas de trayectoria: Raúl Vallejo Corral y Viviana Cordero. Sus obras no solo enriquecen nuestro panorama literario, sino que también reflejan una madurez narrativa que invita al lector a explorar las profundidades del alma ecuatoriana desde perspectivas únicas y profundamente humanas.

En este esfuerzo por dar cabida a nuevas voces, destacamos la participación de Silvia Pérez Loose y Lucía Eugenia Orellana, dos escritoras emergentes que encarnan la fuerza renovadora de las mujeres en la literatura. Sus textos, cargados de frescura y vitalidad, nos recuerdan que las palabras también son un campo de lucha, donde se gestan nuevas sensibilidades y se amplían horizontes.

A pesar de las dificultades, Píxeletras sigue viva, reafirmandose como una tribuna en un contexto adverso para las revistas culturales en Ecuador. Desde estas páginas resistimos, convencidos de que la creación artística y literaria es esencial para la construcción de una sociedad menos transhumana y más luminosa (pese a los apagones). Gracias por ser parte de este viaje, por encender con nosotros la llama de la palabra y por hacer que esta revista siga siendo posible.

El editor





(DES)MEMORIA Y OTROS TEXTOS

Lucía Eugenia Orellana

(DES)MEMORIA

Ella había llegado allí explorando los recovecos de ese amplio edificio de pisos brillantes y paredes blancas. El hombre se le acercó furtivo, como si fueran cómplices en una broma.

Escuchó las llamas murmurar detrás de él. Olió la carne de res a la brasa, sazonada en el aire por la sal marina. Lo vio inclinarse hacia ella con una mueca que pretendía ser una sonrisa, sosteniendo algo en su mano. No era un cuchillo; tal vez era una espátula. Su pelo escapando de su gorro blanco, su cara grande y sudorosa, su boca casi encima de la suya, el ataque de su aliento de avispas furibundas, su mano libre tocándole una mejilla.

El exceso de espacio ocupado tan cerca de ella la despertó de su letargo playero y algo empezó a moverse entre los huesos de su tórax. Empujó la cara del hombre hacia un lado y corrió rápido, más rápido que nunca, una yegua galopando dentro de su pecho.

Cuando regresó a donde sus padres, hizo que su voz viajara alto, a pesar de que su cuello apenas llegaba al borde de la mesa. En ese momento quiso crecer, ya. Mientras les contaba de esa cara y de esa mano, miró su reflejo en el vaso sudoroso que su padre sostenía como si lo estuviera ahorcando. Era un sudor diferente al del hombre, pensó, el del vaso parecía fresco, alegre. La escucharon con sus mejillas cada vez más cerca a las de ella, y luego su madre la llevó a caminar por la orilla. Después le dijeron que se habían hecho cargo. Ella seguía un poco en ascuas, esperando que la castigaran por haberse ido sin permiso, pero no lo hicieron.

Años después, ya adulta, volvió a recordar el incidente. Se percató de que casi todas las niñas tenían recuerdos similares. Le intrigó el significado de "hacerse cargo". Le preguntó a su madre y ella le dijo que eso no había pasado. Que ellos nunca la hubieran dejado ir sola a deambular por un hotel. Las dudas le empezaron a pesar como una montura demasiado grande. Y si no pasó. Y si no pasó así. Y si lo malinterpretó. Y si lo soñó. Y si...

Pero desde aquel día, en su memoria, la yegua galopante dentro de su pecho sigue allí, alerta.



CHIRRIDOS Y GEMAS

Luz pasa por la caverna oscura debajo de su casa, un refugio rocoso, un vientre. El efluvio del mar sube la cuesta y ella lo absorbe como una flor del desierto absorbe el sol. Lleva medias de algodón con bordes de encaje y sandalias de plástico que chirrían cada vez que da un paso. Mira hacia ese escondrijo con curiosidad, como siempre. Esta vez, un resplandor la llama. Dos pequeñas luces verde amarillas están suspendidas frente a ella al final de la negrura envolvente. Se entrecierran con sus pasos y se abren cuando ella se detiene. Avanza hacia las luces, fascinada por el vínculo entre ellas y el movimiento de sus pies. Ha extendido su mano cuando escucha la voz de su papá detrás de ella, repentina y tranquila como una explosión controlada. «No te muevas, voy a sacarte». Sacarme de dónde, se pregunta, sin entender. Él la alcanza enseguida, su espalda curvada para encajar en el espacio. «Ven conmigo», le dice, toma su mano y comienza a retroceder, sus ojos fijos en las luces verde amarillas, que ahora parecen duras como gemas. Los ojos de Luz ya se han adaptado a la oscuridad y puede ver lo que no podía antes. Puede ver que las gemas están engarzadas en la cara de un gato grande con pelaje de miel, manchas oscuras y cola enhiesta. «Mira», dice, apuntándolo. «Sí, lo veo, no señales». Han llegado a la entrada; la luz del día los acoge. Luz quiere regresar y acariciar a ese hermoso ser. Su papá dice que no, que tienen que ir a casa.

Por la noche, insomne en su cama, Luz deja que el gato grande le bañe la cara con su lengua y con sus ojos cegadores, deja que su luz la invada.

CUANDO EL SOL LE PARTE LA CARA A CUALQUIERA

Se subieron al bote, que se bamboleaba aún más con sus pisadas inciertas. Agarradas la una de la otra, rechazaron al unísono la mano apurada que el conductor les extendió, luego de haberse secado el sudor en su pantalón gris. El mono capuchino sentado a horcajadas sobre los hombros del conductor se agarró más fuertemente de su cuello y chilló cuando el hombre se inclinó hacia ellas. El hombre sacó de su bolsillo un ají rojo, largo y delgado; el mono lo agarró al vuelo y se lo zampó de dos mordiscos mientras arrugaba la frente y movía frenéticamente la mano libre. A su alrededor, el río parecía hervir hecho una furia.

Caminaron agachadas para mantener mejor el equilibrio y se sentaron sobre la tabla al extremo del bote, recalentada por el sol del medio día, amo y señor de esos cuerpos de agua. Tenían que levantar sus traseros para que cada cachete no tocara la superficie por más de unos pocos segundos, hasta que su carne absorbió el calor atrapado y apaciguó a la bestia. Se acordaron del

consejo de su madre: «No se sienten en lo caliente, después se enferman de ahí abajo y les sale el flujo». En la costa no había manera de evitarlo si se tenía que estar al descampado. El hombre y el mono las miraban castaños desde el otro extremo del bote, el más alejado de la orilla. Notaron que el mono siempre veía en la misma dirección que el hombre, o viceversa.

El conductor del bote parecía no haber renunciado a la esperanza de llenarlo, y seguía pregonando con una voz que retumbaba desde dentro de su camisa blanca, adelgazada por el sol y el tiempo. Cada vez que gritaba, el mono desanudaba sus brazos de la nuca del hombre y se tapaba los oídos, mascullando y cerrando los ojos. El hombre sacó una botella de agua pequeña de una bolsa de papel y se la pasó. El mono la destapó, se la tomó en un santiamén y tiró la botella al río.

A ellas les costó esfuerzo entender lo que el hombre había anunciado, las letras entremezcladas en su boca como arroz sopudo, no el arroz graneado que su madre preparaba, su madre de pronunciaciones claras y pausadas, y que no estaba con ellas.

Pese a sus esfuerzos, el hombre no consiguió que más pasajeros se animaran a dejar el área de descanso, techada y con ventilador. Seguramente estaban esperando por un bote más grande, o a que bajara el sol, a que cayera la tarde. Resignado, el hombre con olor a tierra de sembrío mojada y el mono con olor a fermento de pechiche volvieron la vista hacia el río, como trazando el trayecto. Inseguras de haber tomado la embarcación correcta, las hermanas le preguntaron qué había dicho, hacia dónde se dirigía. El hombre les mostró sus dos hileras de dientes tan gastados como la camisa y, mirándolas con ojos acuosos que reflejaban el hervor del agua, contestó que este bote llega hasta donde ustedes quieran que llegue, señoritas, secándose con una mano el sudor que le abrillantaba la frente, acomodando la camisa dentro de los pantalones con la otra, mientras el mono, estirando su cabeza hacia ellas por sobre la cabeza del hombre, desplegaba los largos colmillos de su sonrisa.

EN ALGÚN MOMENTO

No ha amanecido del todo cuando ella sale de la casa. Se levantó intrigada por la ausencia de los sonidos habituales, del canto empecinado de los gorriones y los gallos salvajes. En vez de eso, le pareció escuchar chillidos desconocidos. El exterior luce diferente, extraño. La luz es escasa, pero la ataca de manera frontal. Piensa que tal vez es un efecto de la desvelada de anoche; habían bebido más de la cuenta y tenido conversaciones apocalípticas. Mira alrededor: las casas, las calles siguen igual, así como los cables de electricidad, los de teléfono, los de fibra óptica, pero toda la vegetación ha cambiado rotundamente. Le parece más verde, más gigante, más salvaje. Tener de

su lado a la tecnología la hace sentir en territorio firme, conocido. Abre la aplicación para reconocer plantas y enfoca a una de grandes hojas que ha aparecido al pie de su ventana. La aplicación no la identifica. La sube en Google Images, que la lleva a un website de botánica prehistórica donde ve el dibujo de una planta similar, con un nombre que se le hace difícil pronunciar. Se está preguntando cómo pudo aparecer súbitamente esa planta en su jardín cuando un graznido la hace mirar hacia el cielo y se encuentra con un animal volador enorme. Aunque dejó los lentes sobre la mesa de noche, está segura de que es demasiado grande para ser el halcón que usualmente se estaciona en el árbol al frente de su casa; además, las alas son diferentes, casi que parece un murciélago gigante.

Recuerda vagamente que al final de la noche conversaron sobre las posibles causas de los continuos temblores que habían ocurrido durante las últimas semanas. Estos temblores eran un enigma para los sismólogos, que no habían podido registrar lo que los estaba causando. Así, en el grupo intercambiaron hipótesis de flujo tan libre como el wiski y el vino que se estaban dispensando, acerca de qué mismo era lo que los producía. Uno de sus amigos aventuró que los sismógrafos en uso no podían registrar lo que subyacía a los temblores porque estaban chocando entre sí placas de diferentes planos temporales, tal como lo hacen las placas tectónicas regulares.

Alguien había respondido, y ese fue el consenso, que en ese caso se estaría creando un mundo en el que coexistirían diferentes especies, diferentes versiones del planeta. Conversa de borrachos. Seguramente ella, como hace todo el mundo, había construido su sueño con los retazos de los eventos del día anterior que le causaron una impresión en la psiquis. Por lo visto, su inconsciente se había tomado esa conversación bastante en serio. Debe ser eso lo que pasa, que todavía está soñando.

Mientras se apertrecha detrás de esos pensamientos tranquilizadores, ha seguido caminando y ahora está en el jardín de los vecinos. Allí divisa, corriendo vertiginosamente hacia ella, a un animal de más de tres metros, erguido, de piel rugosa, brazos cortos y tronco y cola largos, hocico protuberante y gruñidos agudos al que no necesita buscar en el teléfono para reconocer. Demasiado lejos de la puerta de su casa para escapar, se pellizca el brazo tratando de despertarse a tiempo.

EVITO EN LO POSIBLE MIRARME AL ESPEJO Y OTROS TEXTOS

Silvia Pérez Loose

Tu amor, mi enfermedad

Andrés Calamaro

Tu espalda huele a la mañana. Es una playa morena, dividida por un leve surco, donde mis dedos pasean sutilmente hasta alcanzar tus hombros. Esos pequeños huesos que los conozco de memoria.

Amo ese recorrido matinal, cuando es posible hacerlo. Mi palma llega hasta tu cadera que el tiempo no la ha engrosado. Sigue siendo la cadera de ese chico que conocí a los veintidós. Huelo tu nuca que es como el tronco de una caña de azúcar. Erguida, hermosa, lampiña. Enredo mis dedos en tu pelo ensortijado, que fue lo primero que me atrajo cuando te conocí.

Tu sueño profundo no percibe este periplo que hago por tu piel, eso convierte al rito en algo natural, elemental, primitivo. Beso tus ojos y cuando los abres, besas los míos aun soñolientos. Todo es silencioso en las mañanas. Siempre hay rincones para explorar. Tu escaso pelo rizado, tus pies rebeldes y planos, tus ronquidos, tus olores

El amor, la enfermedad, la puerta abierta, el caballo de Troya. Esta no será la última borrachera, a pesar de que hemos jurado que ya nunca más. Andrés Calamaro juntó en una canción las palabras amor y enfermedad. Nada más real.

Soy como un fruto que extrañamente no madura. Sigo pendiendo de una rama, cansada ya de sostener mi peso. Tus caricias son muy leves, no me desprendes. Pero abres tu boca y simulas mordirme.

De niña, mi juego favorito era guinguiringongo, me encantaba esa palabra, la repetía equivocándome deliberadamente y provocaba risas en mis padres. El amor de los padres no se logra comprende de niño, solo se traduce en una insoportable necesidad.

Me pregunto si nuestras vidas son un remedo del quinguiringongo, permanecer en equilibrio... No me empujes al vacío por favor. No cedas a la tentación, sé que la has tenido porque yo también. Me sumerjo en el manto azul de tus ojos, me zambullo en uno y salgo a tomar aire por el otro y me siento a salvo. Un cierto sabor salado, son tus lágrimas y las mías.

El olor de carne cruda, colgada en tronchos, rojiza, manchada de sangre ya muerta. Piedras que golpean y suavizan esa carne dura y necia. La precisión para cercenar la grasa y apartarla. A veces me siento como la carne y tú el carnicero, a veces lo contrario. A veces yo soy yunque y tú el martillo, a veces lo contrario.

Noche estrellada, huerto de luceros, tarde de agujeros, agujeros internos.

Tenerte a ti.

SOY LA NOCHE

Soy la Noche, la Noche que silenciosa mira el manto de la tierra que duerme. La luna es mi compañera. Me divierto tanto verla, a veces como un ala rota, otras como una espléndida esfera imponente, perla gigante. Nunca estás triste luna mía. En cambio, las estrellas pululan, me hacen cosquillas son traviesas y vanidosas.

Soy la Noche que apaña amores furtivos, alcahueta, acompaño a los caminantes solitarios. Los enamorados suelen levantar su mirada hacia mí como esperando una respuesta. En mi penumbra se refugian los animales más extraños que pueden existir, pero son inofensivos, tienen el mismo miedo que aquellos que se exponen durante la luz del día.

Soy la Noche que trata de abrazar a aquellos que no me temen al igual que amo a quienes prefieren no verme. Cuando cerramos los ojos todos tenemos una pequeña noche interior.

Soy la Noche que a veces se cansa de serlo, sin principio ni fin. Muchos me ven como el día, pero vestida con un disfraz lúgubre. Y yo trato de decir que no es así porque soy la Noche, aunque atada a la palabra oscuridad, soy feliz de serlo.

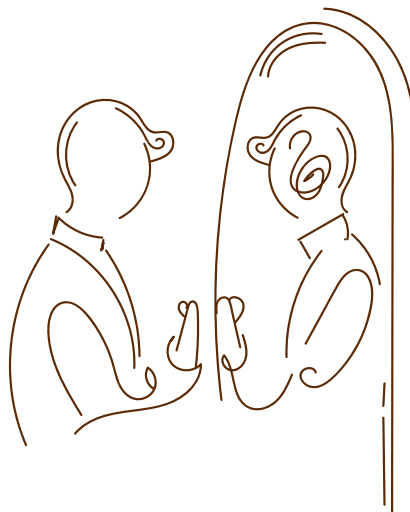


EVITO EN LO POSIBLE MIRARME AL ESPEJO

Evito en lo posible mirarme al espejo. Rehúyo hacerlo, aunque hay situaciones en las que es indispensable encontrarte con tu propia imagen. Cuando te miras al espejo, surge espontáneamente una especie de diálogo con esa imagen reflejada. En mi caso, trato de que sea lo más breve posible, me cuesta mirar a los ojos, a los míos, y a los de cualquier otro ser humano.

Un día, observando un antiguo retrato de mi abuelo paterno, me fijé en su mirada, era una mirada hacia adentro, y supe que yo era igual. Mis ojos, anatómicamente están ahí, expuestos, pero mi atención es hacia adentro de mí.

Evitar mirar a los ojos de un interlocutor, es algo muy mal visto, valga la ironía; no mirar a los ojos del otro es infinitamente interpretado por psicólogos, terapeutas, etc. La interpretación más común es que aquel que evade la mirada, guarda secretos, culpas, vergüenzas, impurezas, inseguridad y una larga lista que únicamente disminuye, como persona, a aquel que reserva su fijación óptica.









MANUAL DE ACCIÓN IMAGINARIA¹

Jorge Velasco Mackenzie

*Y como la semejanza a una forma
esencia es infinita, paradójicamente,
es la imagen, el único testimonio de
esa semejanza.*

José Lezama Lima

(Acción Primera)

SOBRE LOS MALOS VIENTOS Y LOS BUENOS REINOS

Después de haber caminado largo tiempo hacia el norte
edifiqué mi casa al sur,
Porque los imperios y los peligros
venían del norte y del noreste.
Esto le sabía el constructor:
huye de los vientos señor
me dijo,
y abrió un sendero blando
para que los pies no se partan,
y mi mujer tuvo un hijo
al final de ese camino,
asomó con sus dos kilos y los lunares de familia,
que los dioses le sean propicios

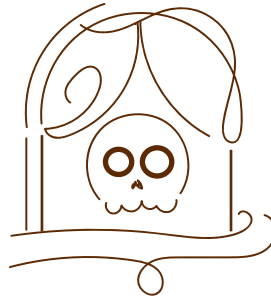
¹ Este poemario fue ganador del Segundo premio del concurso nacional de poesía Festival de las artes, Fundación de Guayaquil, 1978. Este texto (cedido por los archivos de Raúl Vallejo Corral) fue publicado ese mismo año en el suplemento Tricolor de diario El Telégrafo.

dijo el constructor
y me entregó mi reino.
Casa mujer e hijo
lejos del norte
y del noreste.

(Acción Segunda)

SOBRE LA MUERTE Y LAS CEREMONIAS

Los viejos libros de mortificación
de los frailes.
hablaban de la muerte como del dolor de los pies
Los tambores se oían lejanos,
como un llamado que se repetía
sobre la vieja cicatriz de los parches.
Al regreso de las guerras
algunos tambores sonaban así.
Aterraba más la pompa de la muerte
que la muerte misma,
Pasadas las ceremonias dejaban los restos
enterrados de pie en los traspacios,
y la gente volvía a sus cosas
y las viudas recordaban las últimas frases
de los difuntos:
adiós mujer, vive y acuérdate
de nuestra unión.
Pero la unión era olvidada;
la cicatriz se borraba lentamente.
Nadie leía los libros de mortificación
ni hacía sonar los tambores
hasta que venía otra guerra.





(Acción Tercera)

SOBRE LA IRA DE UN CABALLERO

Como los caballeros medievales
vienes a sacarme la cresta.
No la tengo
me ha brotado pelo en el lugar de la nuca y tu espada pasa de largo.
Como a mi eran Capitán, te entrego el paño más grueso para el honor y te doy la espalda.
Recurres entonces a las Injurias vulgares, alzas la voz a tu escudero.
Espoleas tu caballo verde de fras
Pero te esquivo.
Oh mi gran caballero
le digo,
la ira es como las ruinas
que se rompen contra aquellos en que caen.
Pero tó insistes, agitas la espada y atacas.
Hostigado me ato los zapatos,
me saco la armadura
y emprendo veloz fuga.

(Acción Cuarta)

SOBRE LOS POETAS Y LA POESÍA

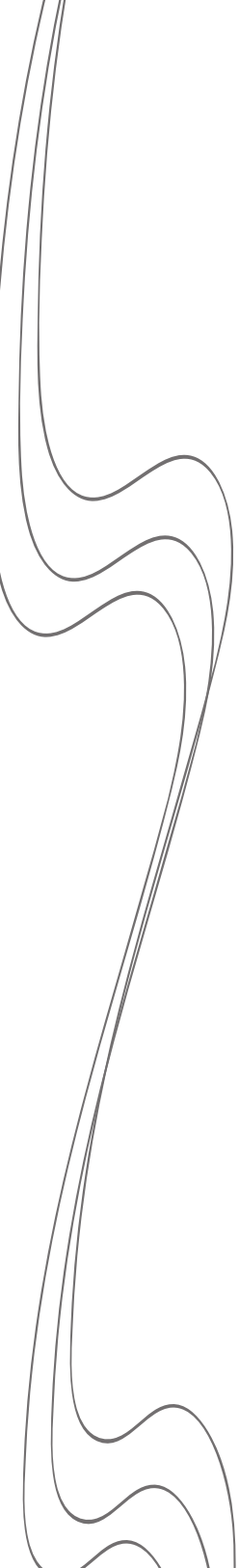
Pobres hombres los poetas sin cabeza.
No les fue dado el tiempo del amor
ni el tiempo de la guerra
Como soñaron.
alzaron las puntas de sus bigotes
hacia el cielo estrellado.
Tarde en los salones
las mujeres se desmayaban
ante tanto verso junto,
los cuellos almidonados,
los monóculos de oro.
Todo les fue propicio

para escribir del tiempo en que vivieron.
Del tiempo de los cisnes,
del farol brillante,
de la palabra atada al verso
y no el verso a la palabra.
Si hubieran estado con nosotros
metidos en esta vida
de esperanza y lucha
no aparecerían tan serios
en las estatuas de los parques
y en las calles que llevan sus nombres
no se cometieran tantas fechorías.

(Acción Quinta)

SOBRE LOS PLACERES DE LA ANTIGÜEDAD

Mira ahora el tambor silenciado
los palillos quebrados
tan estirada la cicatriz de los parches,
Mica el cielo y ese silencio
de las tres antes del buen sol
En las plazas los antiguos Virreyes
tenían a esta hora los odres semivacios.
las piernas de las mujeres abiertas
y una vara larga con el emblema izado
a la mitad del asta.
Cualquier tiempo pasado fue mejor.
por ejemplo, la costumbre de la noche terminada
al aire libre,
los bufones divirtiéndose al Virrey.
Sólo que ahora no hay virreyes
y los nobles se esconden en los templos
muertos de miedo.
Mira ahora las cosas



(Acción Sexta)

SOBRE EL OLVIDO Y EL PELIGRO DE LOS VUELOS

Hace cuatro días apenas
que vuelo en la memoria de una muchacha.
Desde el día que los torpes enamorados
de San Valentín
se besaron
y estuvieron a punto de engendrar
200 niños por las calles de la ciudad.
Todavía la mano conserva la forma
del seno de la muchacha.
El horizonte se mueve abajo de mí
como en los bombardeos a Verdum
Si la muchacha me ve en la tierra
cuánto no se arrepentiría
fue un invierno maligno
dirá imaginándome a 10,000 pies de altura
y me soltará de golpe
como una bomba hacia el suelo.
Será el fin cuando explote
y caiga en su mejor olvido.

(Acción Séptima)

SOBRE EL AMOR Y EL PROVECHO DE LOS VIAJES

Que el amor sea un tren expreso
empujado por el deseo que sale de los cuerpos.
Que la moralidad no sea un descarrilamiento
ni la desnudez una estación imprevista.
Que en su sitio el guardaguas lo mire venir
lo anuncie en las carteleras
día de abstinencia

día de menstruación
día de entrega.
Y que el tren avance
cruce las colinas baje a los valles.
Penetre en el túnel
lleno,
lleno de pasajes y pasajeros
de día y de noche.
Que el amor sea un tren expreso
de paso por tu cama.

(Acción Octava)

SOBRE LAS SUPOSICIONES ANTES DEL SUEÑO

Suponga que yo estoy
desde temprano escondido en su clóset.
Que usted
tantas cosas que tiene que hacer
no lo nota.
Se desviste empezando por el brassiere,
dos colinas pequeñas aparecen ante mis ojos,
luego su vientre oscuro y definitivo
luego sus piernas largas y delgadas
Luego su sexo brillante como un saxo.
Suponga que usted
Se pone su ropa de cama,
apenas mira hacia donde yo estoy.
Se acuesta,
Sueña con príncipes salvadores,
con poetas que aman desesperadamente a las mujeres.
Suponga que se duerme.
Ahora imagine que yo salgo de mi encierro,
que la toco a mi gusto.
cinco dos veinticuatro veces



Suponga que usted no siente
Que abre los brazos para abrazar la almohada
Y soy yo
Suponga que nos amamos,
que mientras lo hacemos
contamos pequeñas historias.
Yo la mía, la de mis viajes por el mundo;
usted la suya, la de su pequeña vida.
Pero no.
yo estoy en mi cuarto,
Usted está en el suyo.
Se desviste,
Se acuesta y se duerme
Sueña con el día de mañana,
con lo que pasará.
Yo dejo el libro sobre la mesita de noche,
escribo este poema
y viene el sueño
y tiene sus ojos

(Acción Novena)

SOBRE LOS ANIMALES RAROS Y LOS PECES GORDOS

Raro animal usted
que mira el mar sin zambullirse.
Sus hijos chapalean contentos
En la poza grande.
Al frente el sol
Los dioses venerados,
mi Ginger Ale
su panza y sus mujeres.
Sobre la arena estira las patas,
más indefenso que un palpito
lejos de los pulpos

Tan difícil de alimentar.
Metido en un hoyito que no es suyo,
hinchado de aguas.
La vida de pez gordo
le clavó el anzuelo,
mi raro animal
mi buen señor.

(Acción Décima)

SOBRE EL AMOR Y LAS FIERAS BATALLAS

Al fin de la noche
se sabe
Que la batalla de ayer fue inútil,
quedó ileso el oficial mayor
la gruta no fue tomada
y las colinas quedaron intactas.
Agotados los combatientes
se tiraron a dormir en pleno desierto blanco,
y apenas amaneció se notaron unidos.
Ella a él
Él a ella
porque los combatientes eran hombre y mujer
vestidos de una desnudez mis rápida que la fiebre
Después del salado de rigor
Volvieron a luchar
Cada quien entregando lo suyo.

ENCIENDEFUEGOS

Luis Carlos Muzzó

El amputado nombre de mi país

UNO

Nada de lo que escribo se parece a la noche, y todo lo que escribo se parece a la noche: la raza melancólica pasa inadvertida como barco fantasma que atraviesa, en tiempos que no existen, la bruma americana. Porque divulga su médula en tanto dique de luz que cae de bruces sobre tardes achatadas en los polos. Y los nombres que desgastamos al unísono como cuásares de la sangre, como cerdos de la dicha, como palabras hospitalarias donde pretendimos bóvedas para antes y después de las fiebres. Y en el Jardín del Dolor quebramos miles de botellas contra el vacío para inaugurarlos en una ceremonia de botamiento con palomas de carbón hecho celliscas.

DOS

Las plagas hincan su estandarte en la colina de mis huesos rajando las lenguas que orillan un redoble escarlata. Y es ajanía el hedor que nos subleva: lentas polillas devoran el vagón de tu cuerpo —la muerte es lugar de paisajes soberbios, contraescritura—. Y el asesino que cuaja entre mis costillas revienta en polillas negras y la noche invade los pulmones con parsimonia. Torna el muerto en estado larvario que me cuestiona, náuseas adentro. Torna el horizonte hendido anulando nombres. Torna el sur del futuro amurallándonos con cinta que dice no pasar.

TRES

Antes de la carne, las olas de Hokusai refutan la falacia de los disfraces: saben adonde se hallan las palabras que le faltan a mi voz. Y bajo una bandada de helicópteros, tendales improvisan el catafalco de tu padre cuando lo devuelves a una cicatriz del suelo. Y navajas letradas nos guarecen

del mal amor: las bestias cavan para sepultar nuestras voces en el orquideario. Si llevo tatuada tu voz, la escucho en zanjas que nos hebillan al deseo, porque tu voz anula el mundo —espoleándolo—.

CUATRO

¿Son los brotes, arisca lengua, arietes que cabalgan hacia la nada como astros desahuciados? Nada de eso te preocupa sino rozar la sangre antes de que coagule. Te suprimes, aire de babel, en barrios con ebría señalética. Danzas en nuestros sueños, duende de las plagas: cómo adensarse en abrazos postergados, en la voz que recuerda que ningún nombre es inútil si en el pantano anegado de cuerpos está el amor: para conjurar al demonio, a sus aguas amnióticas, avivas hogueras de palosanto en las azoteas.

CINCO

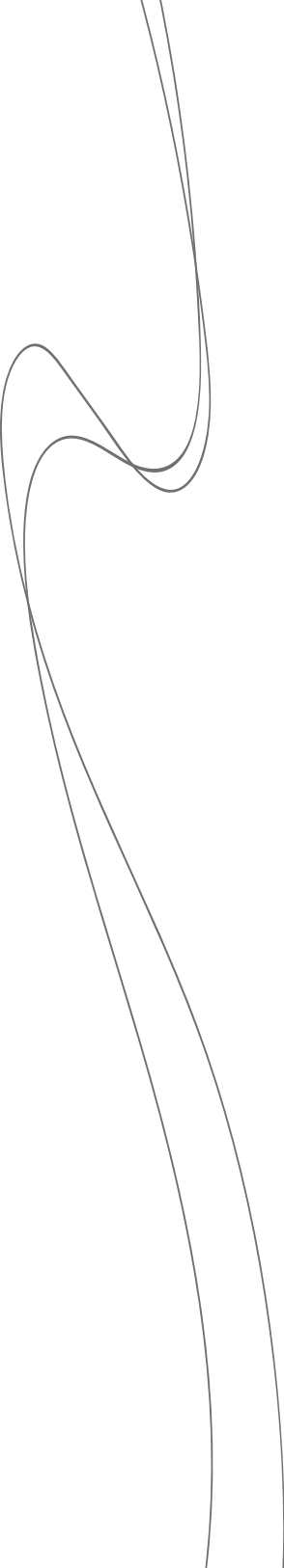
Mi voz, dentro de ti, se agita, pautada, pero nuestras voces se oponen como bestias heráldicas, como ataúdes aparcados en los soportales. Mi voz, dentro de ti, quisiera ondear, infinita, tornar las serpientes de tu cabello en lenguas histéricas, pero pienso el amputado nombre de mi país: oscila el mío con amuletos esquizos en letrinas cavadas durante el invierno, y las estrellas nos infestan en lenguas forasteras, relinchando sobre tu bello pómulos. Porque en la peste está la dictadura de la pleamar, la negrura en la que atracan navegantes ciegos, porque en el pantano anegado de cuerpos está el amor: vas tras él como escarabajos tras su bola de estiércol durante

SEIS

A cada muralla, en el clamoroso silencio de zarzas trenzadas con alambre de magnesio, adquieres el gesto del que habla a la vera de las ruinas de un río. El tren que somos zigzaguea sobre rieles de viento. El tren que somos se incorpora a las constelaciones indudables. El tren que somos se descarrila para olvidar del todo su nombre. Del tren que somos nos apeamos —agujero negro recién develado—: con los nombres expuestos nos pensamos entre las astas de un ciervo malherido.

SIETE

Liberas a los mastines del deseo de sus bozales, porque a cada jornada concierne menos el edicto de las palabras. Y una escuadra de halcones se asoma al abismo igual que cuando



los nombres me hablan en lenguas muertas y despeñan ladrillos de adobe: más certero que el abandono de amapolas de agua, que la oquedad de la muerte, que la zanja cuarteada en mitad de este desierto mío.

OCHO

Enarcas la existencia como rama de la acacia en la que se posa el error de los leucocitos. Mi nombre, en tu voz, fagocita un reguero de renglones. Cómo derivar el texto de los muertos hacia el borde de una isla de desechos –plástico, latas de aluminio, madera postergada–, toda vez que las aves marinas colisionan sus teoremas paralelos al agua que migra, aunque la suya sea otra guerra, aunque el bulto que parpadea en sus gargantas sea el dialecto de la imago indiscutible –en la silueta ocre de los muertos–.

NUEVE

Se ve al cielo desde el Llano Chajnantor en el desierto de Atacama, se lo escruta desde Mauna Kea, desde el Observatorio de Arecibo y el de Pingtang. Millones para el personal, para la infraestructura, pero no instalo paneles ni empino detectores de luz para buscarte. Con ojos cerrados en este otro desierto, te ansían los arneses de mi sangre. Y mis dedos quebrados sangran luz porque las mitades no existen. Llamas le llamas a esto que somos. Y un río clausura la muerte en mis ojos como quinqué de luciérnagas. Y se yergue un ángel de hielo clandestino. Y un caballo de madera ingresa a mis adentros.

II. Nos improvisa un diente de león

UNO

Nada de lo que escribo se parece a la sangre, y todo lo que escribo se parece a la sangre. Los nombres que construimos –uno a uno–, durante las fiebres como palabras inhóspitas a manera de túneles angostos, se arrastran en estaciones simultáneas rumbo a la ceguera. Y en el lento resuello de los muertos, la helada achata las noches en el ecuador mientras la niebla triza las estrellas afantasmadas: nuestros barcos surcan el jardín de las fiebres antes de ser bautizados por nuestra inmensa soledad en su ruta hacia la inanición.

Dos

Improvisas un diente de león que sobrevuela la maleza de mi sombra: asilamos los ceibos escritos en nuestra noche. Y ruidosas hebras alucinadas marchitan las amapolas. Y demoras la caída del sol, y acaparas la infancia que nos resta en el vértigo de los espejos. Donde el exterminio proviene de las luminarias y la ebriedad, de las hélices de la oscurana. Improvisas puentes levadizos hacia la desnudez rotunda de ti, de vos, de nosotros. Improvisas talismanes inútiles para nombrarnos.

TRES

En el nombre que expones a las bestias carroñeras hay gestos que dejan ver -celosía- las manos de tu madre cuando fabricaban la lumbre. En la carne que te sostiene del vértigo hay instrumentos de medición que inclinan los nombres que perdimos de noche: el eclipse en que fracasamos suena a épicas monedas en mis fronteras. Porque entre el miedo y las insignias se derrite la escarcha. Porque los insectos que nos infestan son la muerte antes de la muerte. Porque tu cuerpo resiste a la noche. Porque tu nombre no termina de empezar en las gargantas luminosas.

CUATRO

¿Cuán lejos nos disuelve el álgebra de la noche? Porque el derecho de asilo subraya los poemas de la víspera. Y una gota de aceite destruye los rituales: las palabras taraceadas al borde de tu sexo -enciendefuegos- nos eslabonan para las islas durante la noche crecida que eres. Y qué hay del vértigo como amuleto del terror: ¿explora lápidas que me deletrean noche abajo, hacia la infancia? Los señores de la guerra dejan a mi país en ruinas, colgando de un andamio. Y a través de un espejo americano ve la muerte sus pesadillas: regresa a sus asuntos, alienada.

CINCO

Porque estas manos baldías son cuenco para bebidas tristísimas, buscan parentesco con andanas que remolcan nuestro delta hacia la noche. Porque todos guardamos un órgano delator piel adentro y estridentes hebras de muerte retumban en labios de un ejército y tu voz derrumba mis murallas cabalgando esta ceguera: presiento un diente de león que vuelve después de volar sobre el mundo, es el mismo diente de león que solté en los aterradores años de la infancia y que ahora duda si estallar sobre mi mano o en mi cráneo sus asteroides negros.

SEIS

Después de la carne el oleaje reniega del mundo perfecto con sus máscaras: bajo una nube de gallinazos las sábanas no son tendales para secar pepas de cacao sino mortajas que improvisamos en cicatrices de la tierra desde Malecón hasta un zoológico en los pantanales. Porque ondas expansivas guarecen mi caja musical: los perros cavan para sepultar estas palabras. Porque llevo tatuadas tus voces, que retumban en trincheras que lastran universos afantasmados.

SIETE

Nuestra memoria se dobla sobre el estero como sauce que somete el cuello ante una cuchilla de jade al atrapar la neblina en un frasco. Teníamos ampollas grapadas a las manos, murallas de piel que inventaban consignas resueltas, teníamos el cuerpo ancho como un bosque sin el rostro preciso, como un barco de arena, como rompehielos en la espesa Antártida, como estalactitas en la lengua, como su cabalgadura de consigna musgosa.

OCHO

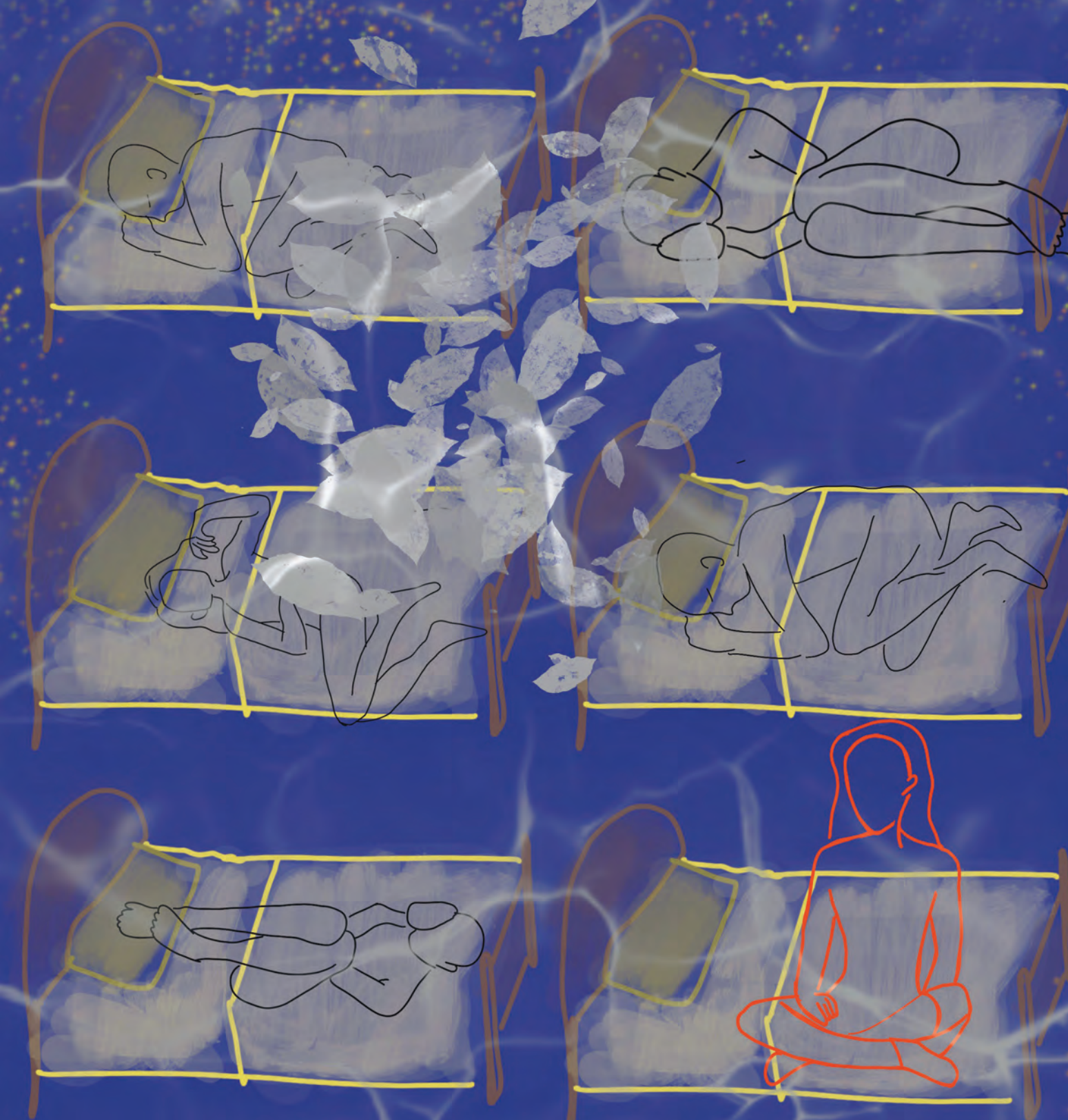
I

Y en una noche degollada por la luz, un ángel ciego posa el dedo índice en sus labios ligeros como el cráneo de un colibrí, junto al libro donde una manada de bisontes arrasa nuestros susurros de coral color cobalto. Posas la mano sobre esos labios suficientes, temeroso, igual que ante el corpulento percherón que derrota nuestra confianza –estrecha como espolones de una mantarraya surcando la lengua–.

NUEVE

Pueda que la muerte no tenga un porqué, que los perros dentelleen nuestra sombra, que dios sea la junta entre mar y firmamento, contraescritura. Y el océano de lengua porosa lacerará ideogramas en tu rostro mientras icebergs colisionen contra esta voz oblonga hincando su estandarte en la colina de mis huesos. Esta mano se extiende como lagarto a la vera del poema. Jauría de ceniza suspensa. Mar.





Novela





LEONOR

(CAPÍTULO DE LA NOVELA *TIEMPO DE RODAR*)

Viviana Cordero

El sol golpea la plaza. Flavio observa con detenimiento a la niña Marcela, cuyos ojos están casi cerrados porque los rayos ecuatoriales castigan su rostro con brutalidad. Francina, parada detrás de la pequeña empuñando una sombrilla a medio abrir, mira al frente; Abigail se encuentra sentada en la grúa con el ojo puesto en la cámara. Gabriel está a su lado y, juntos, estudian el cuadro; Mauricio mira al cielo con su pan glass (un pequeño lente para medir la intensidad de la luz que lleva colgado al cuello) en tanto espera la llegada de una nube para poder filmar. Ken Tobe y Fede prueban el boom, mientras Patrick, erguido en medio de los rieles del dolly, sostiene un charol con vasos. Leonor, al fondo, es apenas un punto que casi no se distingue.

Esta foto la ha acompañado durante años, pero hacía meses que no la había visto. Apareció el día anterior en su nuevo departamento, al desempacar la última caja de la mudanza, el más reciente de sus múltiples traslados desde que se separó de Cristóbal. En la misma caja había guardado uno de los smokings del Lobo Rojas y el saco del personaje de Elena. Cuando acabó el rodaje, las prendas olían a campo, a suciedad y a película. Curioso, ¿a qué huele una película? Huele a guardado, huele a sueños, huele a felicidad. Producción le había regalado el smoking al concluir el rodaje. En cuanto al saco, Leonor se lo quedó. Le dijo a Priscila que lo había perdido. Nada grave, al fin y al cabo era tan solo una prenda vieja y raída, a nadie le importaba. Excepto a ella, porque era un símbolo de su renacimiento. Esa tarde, al encontrarlo nuevamente, lo agarró, cubrió con él su nariz e inhaló profundamente. Restaban tan solo leves vestigios de aquel antiguo aroma, pero suficientes para transportarla de vuelta a aquella época cuando su vida dio un cambio total. Hay circunstancias que transforman para siempre.

—Te tengo una propuesta.

—¿A mí?

Así comenzó la conversación, tres años atrás, que provocaría un giro radical a su existencia.

—Sí. Voy a trabajar en una película. ¿No quisieras hacer tú el vestuario? Sería muy divertido que seamos parte del mismo proyecto.

—¿Una película? ¿Y cómo voy yo a trabajar en una película si no tengo idea de cómo es eso?

—No es nada difícil. Yo te indico cómo es la cosa y nadie tiene que enterarse de que eres novata. Les contamos que en Estados Unidos trabajaste en algunas producciones pequeñas. Esta es de bajo presupuesto y lo que necesitan es gente con ganas. Como los productores también son novatos, les está costando conseguir personas, entre comillas, profesionales. Su vestuarista les acaba de renunciar.

—No sé, Francina, no sé.

—No lo pienses más y ven a la reunión. ¿Qué puedes perder? Salvo esa depresión que vienes arrastrando.

Colgó el teléfono sin saber qué hacer. Desde hacía algunos años Leonor vivía encerrada en sí misma. Lidar con gente extraña le infundía miedo, pero a Francina era muy difícil decirle que no. Era maquilladora profesional. Superaba los cuarenta años y todavía rebosaba energía. Parecía un trompo de movimiento incesante. Tal vez por eso no envejecía, o al menos eso imaginaba Leonor.

Francina llegó una hora después. La obligó a cambiarse de ropa, despojándola del calentador y los sacos flojos que se habían convertido en su uniforme diario. Ya no conseguía entrar en ninguna prenda. Acordaron una falda larga que, según Leonor, la hacía verse aún más gorda que con el calentador. Partieron rumbo a la reunión, dejando a los niños en manos de la empleada.

Alexander, el productor, la miró de arriba abajo. Su primera pregunta fue si le gustaba la trama. Leonor no supo qué responder, pues Francina no le había dado mayores detalles al respecto.

—Trata sobre unos niños muy tiernos y hay unas peleas de cachascán. En un pueblo como a dos horas de aquí —le había soltado como única explicación.

Francina padecía de trastorno por déficit de atención, de manera que lo usual en ella era saltar de un tema a otro y luego a un tercero, y después a un cuarto, siempre a velocidad de ametralladora, sin profundizar mucho en nada. Así le alcanzó el tiempo para patinar sobre una serie de otros temas como la anunciada visita de su suegra, que desde ya la tenía nerviosa, y el maquillaje de un concurso de belleza para el que había sido contratada.

—No conozco mucho sobre la trama—contestó titubeante.

Alexander, con un aire cansado, pidió a Abigail resumir el argumento.

—Es la vida de dos niños que vienen de hogares complicados. Son inseparables, pero la madre de la niña, una prostituta, se la quiere llevar y, bueno, los dos tratan de escapar...

—¿Tienes experiencia? —interrumpió Alexander.

Francina se anticipó, informándoles que Leonor había laborado en obras de teatro y en cortometrajes en Estados Unidos. Ante tantas fábulas, Leonor no podía mirar a Alexander de frente. Porque lo único cierto era que sabía coser. Nada más. Había tomado uno que otro curso, pero honestamente, era una autodidacta en costura. Ahora bien, acerca de la preparación del vestuario de una película sí que no tenía la más mínima idea.

—No le quedará grande el trabajo —afirmó Francina—. Confíen en mí.

Ellos guardaron silencio. A Leonor le quedó claro que la entrevista no había ido del todo bien.

—Vas a ver lo divertido que es un rodaje. Vamos a pasarlo bomba —le soltó a Leonor, al tiempo que le agarraba el brazo para salir.

Francina daba por hecho que sería aceptada, a pesar de la frialdad de la entrevista. Curiosamente, Leonor se sintió más leve. La invadió un presentimiento inexplicable de que se aproximaban cosas buenas, de que su vida empezaría a mejorar. Insuflada de optimismo, alquiló un par de DVDs para observar estilos y trajes, y comenzó a atormentar a Francina con preguntas acerca del vestuario escénico. Esta fortaleza no le duró mucho. Aterrizó en su pecho el pánico de recibir una llamada para informarle que había sido rechazada como parte del equipo de la película. Perdió su equilibrio y cayó en un hondo pozo de pavor. Solo es cuestión de verte al espejo, vaca fofa, zumbaba con odio mirando su rostro en la pantalla de su laptop. ¡Nada te va a resultar porque eres asquerosa y desagradable! ¡Me das pena! ¡No sirves para nada! ¡Mereces que trapeen el piso contigo! ¡Eres apestosa y fea! ¡Pareces leche desabrida! Un ramillete de sus insultos usuales. Se odiaba. No lograba convivir consigo misma. Cerró la computadora y se metió al baño a arañarse y a golpearse el rostro.

Miguel, su segundo hijo, tenía un poco más de doce meses de nacido, y ella seguía presa de su depresión posparto. Había experimentado lo mismo con su primogénito tres años antes. Y ahora, aquel hoyo negro había regresado. Le hastiaban sus hijos. ¿Sería inaceptable confesar que no los soportaba? No sentía amor, ni nada de la supuesta felicidad maternal. Odiaba sus llantos, odiaba que la tocaran, odiaba su intimidad, odiaba cambiar pañales. Odiaba, odiaba, odiaba. Lloraba de

furia cuando le mordían los pezones a la hora de lactar, así que los pasó a la fórmula antes, incluso, del plazo indicado. ¿Acaso era pecado no poseer instinto maternal?

Además, era incapaz de bajar de peso. Se veía como una vaca. A sus treinta años, le rondaba por la cabeza la idea de que su vida estaba detenida. Qué más podía depararle el destino, se preguntaba. Una sucesión de días copy paste, y nada más. Si antes sospechaba que el futuro no le aportaría mucho, ahora estaba absolutamente convencida de aquello.

Leonor era la tercera de cuatro hermanas. Desde que nació, no representó novedad en su hogar; de hecho, por ser la del medio, nunca fue tomada en cuenta. Si hubiera sido varón, todo habría sido distinto, pero una mujer más no era un acontecimiento, tan solo un sinónimo de trabajo adicional para su madre. Sus hermanas eran muy bonitas y Leonor también, aunque ella no se lo creía. A pesar de ser rubia en un país de mujeres morenas, vivía convencida de que no llamaba la atención. Se consideraba una mujer bla. Juzgaba que hasta su nombre era bla. Opinaba que todo radica en el nombre. Las Martinas o Camilas o Manuelas tenían todo para triunfar, pero Leonor le sonaba tan aburrido como Beatriz o Patricia. Y, para colmo, su segundo nombre era el clásico: María. Leonor María. Parada frente al espejo, percibía una imagen por demás común: pelo lacio, ojos marrones, labios finos y un ligero tono rojizo en las mejillas. Sumada su timidez —desde niña se sintió incómoda con la gente—, el cuadro era descorazonador. Habría apostado que su fuerza, su energía y su ambición por fraguarse un futuro nacieron minusválidos.

Su niñez transcurrió casi desapercibida. Existen poquísimas fotografías de su infancia. Como todos los eventos se repetían, pues su hermana inmediatamente mayor le llevaba tan solo un año, ni siquiera le organizaron fiestas de cumpleaños dedicadas solo a ella. Fue intrascendente su primer día de guardería, así como su fiesta de quince y su graduación del colegio. Sin embargo, cuando llegó su primogénito, comprendió a su madre y visualizó cuán cansada se habrá sentido ella.

A los quince años, le dio por cortar y recortar telas, diseñar vestidos para sus muñecas de infancia. Se apropió de la vieja máquina de coser Singer comprada por su padre un poco después de su boda, a fin de que su madre cosiera. Leonor aprendió a usarla y pasaba tardes enteras dedicada a la costura. Sin embargo, cuán poca importancia habrán tenido sus gustos que, cuando se mudaron, su madre se deshizo de la máquina de coser a la empleada, sin avisar ni brindar explicación alguna. Dolió.

Nunca se sintió especial por saber coser cuando era adolescente. Ahora, en retrospectiva, se da cuenta de que sí era bastante inusual para su época: una destreza desarrollada por pocas chicas. En sus manos, vestidos viejos volvían a estar de moda con tan solo aplicarles dos o tres detalles. Pero hasta eso se esfumó con el nacimiento de sus hijos. Ya no cosía. Ni siquiera para ellos. Su



vida dejó de ser entretenida. Desperdiciaba sus días parqueada frente al televisor, observando programas que no le suscitaban interés por más que navegaba sin cesar por todos los canales.

Pasaron los días y la llamada que no llegaba por parte de los productores de la película confirmaba el rechazo presentido. Francina insistía en que no debía preocuparse y le prestó su copia del guion para que se familiarizara con el proyecto. Elena, hija de prostituta, y Martín, hijo de padre borracho y madre maltratada. En el medio, un maestro de escuela extranjero que procuraba ayudarlos. Lo único mágico en su pequeño pueblo eran las luchas de cachascán que tenían lugar todos los sábados. Don Sata era el dueño de la carpa y, además de organizar las luchas, andaba en negocios turbios con Zoila Chihuano, la madre de Elena, y con Elmer, el hermano mayor de Martín. Acabó de leer el guion en dos días y comenzó a darle vueltas en su cabeza al vestuario. Lo visualizaba tremendamente complicado. ¿Cómo lo iba a lograr si gracias a un extraño milagro la llamaban para ser parte de la película? Francina rememoraba en voz alta los procedimientos de las vestuaristas en las películas que ella había trabajado. A su criterio, no era difícil porque Producción tenía la obligación de ayudarlo a conseguir todos los materiales que pudiese necesitar. Procuraba tranquilizarla explicándole que, al ser una película de corte realista, probablemente comprarían vestuario auténtico de los campesinos para que lo usaran los actores.

—Lo único ligeramente complicado será armar los trajes de los luchadores, nada más — aseguraba Francina minimizando el desafío.

Leonor se ahogaba en su inseguridad, al punto de acabar convencida de que, para ella, esta tarea era absolutamente imposible. Francina evitaba el problema argumentando, una y otra vez, que si podían conseguir ropa alquilada o comprada a los habitantes del pueblo, no haría falta confeccionar gran cosa. Al mismo tiempo, le advertía que dispondrían de poquísimo dinero para compras porque esta sería una película de muy escaso presupuesto.

Quería participar en el proyecto y, un minuto más tarde, ya no lo deseaba. Cuando se sentó con Cristóbal para informarle de este posible trabajo, él la miró extrañamente y le cuestionó que cómo así, que Miguelito tenía apenas un año y que ella no podía ausentarse de su hogar por dos meses para dedicarse a una película. La verdad, él no entendía ni siquiera de lo que estaba hablando.

—¿Película?, ¿película? —repetía—. ¿Pero qué se te ha metido en la cabeza? ¿Película? No entiendo. En este país no se hacen películas. Esto no es Hollywood. No entiendo en qué locura te quieres meter.

Leonor trasladaba todas sus preocupaciones y reparos a Francina.

—Pero si solo son dos meses —justificaba su amiga—. Vas a ver cómo sales ganando. Recuperarás tu ánimo. Es un trabajo que te va a beneficiar y mucho.

—Es que no soy capaz, Francina. Además, de gana seguimos hablando del tema si aún no me han aceptado y probablemente no lo harán.

Por eso, cada vez que sonaba el teléfono, se acercaba temblando. Por un lado, quería escuchar que la habían aceptado. Por otro, ansiaba saber que habían preferido a otra, para así quedar libre de todas sus angustias. Hallarse en ese sitio confuso e indefinido le producía un continuo desasosiego. Así transcurrían los días y el teléfono permanecía mudo.

Mientras tanto, más se miraba a sí misma y más se odiaba. Había empeorado el vicio de maltratarse físicamente. Observaba en el espejo sus mejillas coloradas —que la base más fuerte no lograba ocultar—, su pelo pajizo —un tanto ralo a raíz de la lactancia—, sus caderas de vaca y su vientre abultado. No era la verdad objetiva, pero sí su autoimagen. ¡Estúpida boba! ¡Taruga! ¡Fea, fea, eres fea!, repetía a gritos, al tiempo que se daba repetidas bofetadas en las mejillas.

Una mañana, resolvió tomar al toro por los cuernos y llamar a Priscila, la productora. No aguantó más y agarró el teléfono. Se moría de nervios, pero se asfixiaba con la monotonía y el hastío de su vida. Contestó Alexander. La saludó con sequedad. Ella estuvo a un tris de colgar, pero persistió.

—Llamo para saber qué han decidido —preguntó con una voz tan débil que se quebraba.

—¿Cómo? —respondió Alexander.

Sintió que su poca fuerza caía al piso.

—Quería saber si estoy dentro del proyecto —balbuceó.

—Mira, Leonor, la verdad es que te sentimos muy insegura. De lo que recuerdo, ni siquiera estabas bien enterada de la trama.

—¿Entonces ya consiguieron vestuarista? —indagó, aunque ya le parecía inútil la pregunta.

—Estamos todavía en eso —contestó Alexander.

—Bueno, si les puedo colaborar, estoy disponible —expresó con tono de súplica.

—Gracias, lo tendremos en cuenta —le respondió y colgó.

Acto seguido, Leonor se echó a llorar con desconsuelo. ¿Quería ser parte de la película entonces? Ser tan indecisa la convertía en alguien bastante más detestable.

Transcurrieron unos días interminables, hasta que la asistente de Alexander llamó para convocarla a una reunión de preproducción esa misma tarde. ¡Estaba adentro! Un miedo feroz



asaltó su garganta y pecho. Llamó de inmediato a Francina, quien se puso a saltar con gritos de júbilo.

—¡Y eso que hiciste todo lo posible para que no te acepten! ¡Qué manera de boicotearte!

—¿Y ahora qué voy a hacer?

—¿Cómo que qué vas a hacer? Lo que no vas a hacer es arruinarlo otra vez —la amenazó.

—Es que Cristóbal no sabe que ya di el sí sin consultarle. Me va a matar.

—Pues para qué no le dijiste a tiempo —la reprendió molesta—. Te paso a buscar a las cuatro.

—¿Entonces son seis semanas fuera de casa? —le preguntó Cristóbal esa noche.

—Pero vendré los fines de semana.

Su marido se quedó un momento en silencio. Asustada, Leonor se tragó sus palabras hasta que se sintió la necesidad de suplicarle.

—Por favor.

Cristóbal la contempló lentamente.

—No te he dicho que no puedes. Es que me quedé sopesando esta situación. Supongo que mi mamá me podrá ayudar esas semanas.

—Y la mía también. Me ofreció recibir a los niños por las tardes.

—¿Y tú realmente estás con ganas de meterte en ese tal rodaje?

—Creo que sí —le confesó—. Aunque tengo miedo.

—Lo vas a hacer bien —la animó—. Dale, dale con ganas.

Y se levantó para ir a ver la televisión. La verdad es que la actitud de Cristóbal la sorprendió. Luego de su primera conversación, lo lógico era que le armase una escena. No sucedió, no se explicaba por qué, pero ni eso la calmó. Ahora que estaba adentro se sentía aún más intranquila, más asustada, al punto de comenzar en silencio a rogar para que se presentara algún impedimento que le permitiera rechazar el trabajo. Así era ella, una persona que se sentía incómoda con todo lo que ocurría, bueno o malo. Lo único que siempre se mantenía estable era el odio hacia sí misma.



LAS ROMÁNTICAS Y EL REY DE CACHA, 1872

Raúl Vallejo Corral

(Fragmento de la novela *Manuscrito de vna corónica inconclusa*)

El baúl en que el que yo reposaba, al margen del mundo, fue trasladado a la casa de hacienda de la familia de sor Catalina¹. El encierro de algunas décadas me mantuvo alejado de las guerras que asolaron al país durante los tres primeros cuartos del siglo XIX, hasta que la curiosidad de una sobrina bisnieta de sor Catalina me encontró en la bodega de la nueva casa de hacienda a donde habían ido a parar algunos trastos de la casa de antaño.

Federica Dávila Vallejo, la sobrina bisnieta, era de facciones finas y dueña de unos ojos azules vivaces que desbordaban curiosidad; su rostro de tez blanca y las mejillas de color amanzanado le daban un aire de muñeca de porcelana francesa; su pelo negro, de hebra fina y brillante, le cubría por entero la espalda y se prestaba para todo tipo de peinado. Federica tenía nueve años cuando se suicidó Dolores Veintimilla de Galindo. Los rumores acerca de la poeta suicida llegaron a Riobamba y la niña Federica los escuchó con la mirada atenta de quien se asoma al desconocido e incomprensible mundo de los adultos. La feligresía se santiguaba porque la poeta había defendido en una hoja suelta, titulada *Necrología, la condición humana del indio Tiburcio Lucero*, un parricida ejecutado en la horca el 20 de abril de 1857. Estas son las palabras con las que Dolores Veintimilla había concluido su *Necrología*:

Que allí tu cuerpo descanse en paz, pobre fracción de una clase perseguida; en tanto que tu espíritu mirado por los ángeles como su igual, disfrute de la herencia divina que el Padre Común te tenía preparada. Ruega en ella al GRAN TODO, que pronto una generación más civilizada y humanitaria que la actual, venga a borrar del Código de la Patria de tus antepasados la pena de muerte.

¹ Para una mejor comprensión del presente texto: El manuscrito es la voz narrativa del hilo conductor de la novela. Sor Catalina es la escribiente del manuscrito del capítulo anterior; Federica es la del presente capítulo y Esperanza Batallas, a quien se nombra hacia el final, es la última de las escribientes.

Dicen los que mal dicen del prójimo, que la poeta, arrogante en sus pocas letras y sin temor de Dios, decidió ingerir una azulada copa de agua mezclada con cianuro en la madrugada del 23 de mayo de 1857. Mientras bebía la pócima, envuelta en un olor de almendras amargas, invocaba a su personalísimo Gran Todo. Con la ligereza de las enajenadas, la poetisa imaginó que esa divinidad inexistente perdonaría la soberbia de quien dispone de una vida cuya muerte solo la decide Dios.

Federica, que al igual que su bisabuela leía poesías y novelas a escondidas, lloró al conocer que los ataques inmisericordes de un cura hicieron mella en el corazón ensombrecido de la poeta. Desde el púlpito de una iglesia de Cuenca, el cura acusó a Dolores de panteísta y mujer disoluta por las ideas expuestas en su *Necrología*. Lloró aún más al enterarse de que, con la muerte de Dolores, un niño llamado Santiago, con los mismos nueve años de ella, había quedado huérfano de madre. Sintió que se ahogaba de angustia cuando escuchó a su padre leer un escrito de fray Vicente Solano aparecido en *La Escoba*, días después de la muerte de Dolores, en el que la memoria de la poeta era vilipendiada. Y a la niña de mejillas encendidas le pareció que Dolores volvía a morir:

No obstante, en nuestro siglo hay una tendencia marcada a la abolición de la pena de muerte, y esto no puede provenir sino de dos cosas, o del desprecio de la religión, o del deseo de ser trastornada la sociedad con la impunidad de los crímenes. No ven, como dice Madrolle, que la abolición de la pena de muerte acaba multiplicando las muertes. El Ecuador ha comenzado a experimentar esta verdad en la persona de la desgraciada María Dolores Veintimilla. Esta mujer, con tufos de ilustrada, había hecho la apología de la abolición de la pena de muerte; y por una inconsecuencia del espíritu humano, como he dicho antes, se atribuyó un poder que había negado a la sociedad: se suicidó con veneno, porque no pudo sostener su cuestión contra los que la habían atacado.

En una tarde de mayo de 1867, abrigada con un rojizo poncho de lana, Federica, cuyas trenzas formaban una corona con apliques de colores vivos en forma de florecillas, se inflamaba de poesía sentada junto a la fuente de piedra, disfrutando de la suave y rítmica circulación del agua. En medio del jardín de rosas encendidas, geranios luminosos, cartuchos sonrientes y buganvillas abrazadas a la cerca que separaba el jardín del comienzo de la arboleda, ella ojeaba con emoción el libro que su amiga Carmela le había enviado desde Guayaquil. Federica se detuvo en la página cuarenta de la

Lira ecuatoriana, colección de poesía líricas nacionales, escojidas i ordenadas con apuntamientos biográficos, por Vicente Emilio Molestina, Doctor en Jurisprudencia, y leyó la siguiente estrofa de «La noche i mi dolor»:

Déjame que hoi en soledad contemple,
De mi vida las flores deshojadas;
Hoi no hai mentiras que mi angustia temple.....
¡Murieron ya mis fábulas soñadas!

Cerró el libro y, mientras contemplaba el jardín de colores, recordó los rumores que se extendieron como un manto siniestro sobre la vida de la suicida. Los chismes decían que la poeta, abandonada por el marido que era un médico colombiano que andaba por Panamá, fungía de anfitriona de tertulias a las que acudían varios hombres para departir música, poesías y algunas copas de *eau de vie*. Las lenguas de las habladurías dijeron también que, fruto de tales excesos, Dolores estaba embarazada al morir. El rumor, a pesar de que fue desmentido por el médico que le practicó la autopsia a Dolores, perduró en los duros corazones de una ciudad poblada de rumores.

A la llegada del crepúsculo, entró a la casa y fue directamente a su habitación. En el baúl donde yo dormía, que Federica hizo llevar a su cuarto, ella había guardado algunos números del periódico *La Unión*, del año 1863, donde apareció la novelina *La emancipada*, de Miguel Riofrío, un liberal que se exilió en Piura. La imagen del cuerpo abierto de Rosaura sobre la mesa en la que le practicaron la autopsia acompañaba a Federica desde sus quince años. Fue a esa edad cuando leyó por primera vez el relato acerca de aquella mujer apasionada cuyo hombre no fue capaz de amarla con la misma intensidad con que ella lo amaba. Después de los excesos de vida a los que se entregó, Rosaura sucumbió a la severidad de las costumbres del pueblo: Allí estaba exangüe y despedazado el corazón que había hecho palpar a tantos corazones.

Federica salió de la habitación a la sala y se sentó frente al piano. Mientras tocaba el *valse du petit chien*, la joven sintió que la música envolvía aquella soledad de Chopin que experimentaba como propia y se acordó del poema de Riofrío, que también había leído esa tarde en el jardín. Los versos de «Su imagen» hablaban del retrato de Delfina, y ella imaginó el retrato de la condesa Delfina Potocka, la amiga a quien el músico polaco le había dedicado aquella pieza:

¡ es vana aspiración querer ahora
En tu esencia, Delfina, contemplarte:
Lo que en auras celeste se evapora
Se escapa al jenio i anonada al arte.

El fusilamiento es un encuentro definitivo con el olor a pólvora que tiene la muerte. La ejecución de un asesino por un pelotón de fusilamiento es un acto de barbarie perpetrado bajo el amparo de la ley y la justicia. Un individuo solo, con los ojos vendados, las manos atadas, el corazón a punto de reventar por el miedo, la piel sudorosa porque sabe que para él ya no hay futuro; un individuo que se enfrenta a una media docena de soldados armados, cada uno con un fusil, es un individuo cuya vida no vale nada. El fusilamiento es un asesinato legal cuya existencia jurídica se justifica más en el afán de venganza antes que en el espíritu de justicia. Tiempo después de aquellos días de lectura en el jardín, a los veinticuatro años, los ojos de cielo despejado de Federica fueron testigos del fusilamiento de Fernando Daquilema en la plaza central de Yaruquies, el 8 de abril de 1872. Esto es lo que, sobre aquellos terribles sucesos, Federica, mi joven Escribiente, perpetuó en mí:

«Antes del mediodía todo estaba consumado. Las nubes oscuras, arremolinadas en un siniestro rumor de viento, fuéronse aglutinando durante la mañana hasta que, después del fusilamiento, la tristeza del cielo reventó en un llanto frío, duro e inconsolable. El coronel Ignacio Paredes comandó el escuadrón de caballería que ejecutó a Fernando Daquilema. La venganza de los hombres blancos, con la máscara de la justicia de la gente de bien, ha caído sobre el Rey de Cacha. La consumación de la vida tiene un olor a pólvora y a lluvia entristecida.

»No crean que porque compadezco al criminal mi corazón joven e inexperto justifica el crimen. Mi entendimiento quiere explicarse esos meandros del corazón que permiten la existencia de la violencia entre los mismos hombres que hablan de paz. Si la rebelión de los indios fue cruel durante el levantamiento del año pasado, la crueldad de sus acciones fue la respuesta de las almas que padecen por centurias en las tinieblas de la desesperanza. Fernando Daquilema y Manuela León se sublevaron con la ira acumulada en siglos de torturas en los cepos de los encomenderos, siempre los cepos, en siglos del pago injusto y a la fuerza de diezmos al señor cura y de aduanas al mal gobierno, en siglos de despojo de su heredad que los infelices hombres y mujeres de la raza indígena han padecido.

»No intento justificar los asesinatos que cometieron Daquilema, Manuela León y otros indios alzados. Intento, invocando el amor del Padre Común, que los hombres y las mujeres del país reflexionemos acerca de la ira y el odio que se acumula en quienes son sometidos, maltratados y despojados, contra sus crueles opresores. Intento, en aras de la justicia de los hombres, que se revisen los procedimientos de un Consejo de Guerra en que el acusado ni siquiera habla la lengua de quienes lo juzgan y menos entiende los argumentos de sus fiscales. Intento, como lo intentó la poeta Dolores Veintimilla en el pasado, que nuestra generación, más humana y positivista, elimine del Código de la Patria aquella ley bárbara que es la pena de muerte.

»En enero de este año, Manuela León pagó con su vida la osadía de su espíritu indómito. Una mujer que se subleva es un mal ejemplo para todas las mujeres que tenemos que asentir con la cabeza cualquier palabra de cualquier hombre. Una mujer indígena que reclama a gritos y mata sin arrepentimiento es un engendro del demonio. “¿Qué tienes que decir?”, le preguntaron sus verdugos antes de fusilarla. “Habla, ahora, antes de que te mandemos al infierno”. Ella, que había dado muerte al teniente Miguel Vallejo en un combate cuerpo a cuerpo y que, con su tupo, le había sacado los ojos; ella que, minutos antes, había rechazado la venda en sus ojos para mirar de frente las balas que le arrancarían la vida, respondió altiva y orgullosa: “Manaima”.

»En este abril, mes de lluvias y crueldad, el llanto del cielo fue tan intenso como breve y el cuerpo sin vida de Fernando Daquilema quedó expuesto, para ejemplo de la indiada, durante el resto del día bajo un letrero que decía: “Ajusticiado por el Ministerio de la Ley por haber recibido el calificativo de Rei i haber sido el cabecilla principal de la sedición de 1871”. Daquilema tampoco dijo nada a sus verdugos, ¿para qué? Su palabra se había esparcido a través de su lucha contra los blancos en lo profundo del corazón de su pueblo; ahí donde se acumulan las rebeldías, ahí donde el odio se agazapa y construye morada hasta que llegue el día de la venganza. Algún día, el Gran Todo sanará nuestros espíritus y estoy segura de que ya no habrá más sublevaciones porque a la raza perseguida se le habrá hecho verdadera justicia. ¿Qué más tiene que decir mi pluma acongojada? Manaima. Nada».

Un año después de estos sucesos, Federica, hastiada de la mezquindad de sus vecinos, me llevó con ella al puerto de Guayaquil. En 1878, para festejar sus 30 años, invitó a Rita Lecumberri y Dolores Sucre, dos poetas mayores que ella, a una tertulia literaria en la que recordaron a Dolores Veintimilla. A Federica la acompañó durante aquella velada su amiga Carmela, a quien llamaba, con el cantadito de su voz susurrante, mi ninfa del Guayas. Rita, con su porte de matrona, leyó un poema a una rosa marchita, y ya que previamente había puesto su mano sobre las manos enlazadas de Federica y Carmela, remarcó en su lectura los siguientes versos:

Rosa, has visto tu hermosura
Como yo mis ilusiones,
Eclipsar con nubarrones
De la triste desventura;
Y una á una desprenderse
Las hojas de tu esperanza,
Que veloz el viento lanza
Á confundirse y perderse.

Dolores, que celebró los versos que Federica leyó durante la tertulia, le aconsejó que se cuidara de la mezquindad de los hombres, para quienes las mujeres letradas son, como lo fuera su tocaya Veintimilla para el innombrable cura de Cuenca, insolentes, blasfemas, azotacalles y disolutas. Dolores Sucre, que respiraba con cierta dificultad en su cuerpo voluminoso de señora apacible, leyó con el tono de una maestra de escuela:

Yo también fui feliz: también amaba,
Como amabas tú, las artes y la historia;
Y al estudio también me consagraba
Fecundando, anhelante, mi memoria.

Mas, ¡ay!, de mi entusiasmo se reían
Y pedante los hombres me llamaron,
Y mi noble ambición no protegían
Y de la pobre niña se burlaron...

Federica, algo cohibida ante el porte de las poetas, dedicó un poema a Carmela, su amiga guayaquileña. Carmela, cuya piel evocaba la sensual fragancia de la canela, parecía una escultura exótica en medio de la sala. Antes de leer, Federica contempló a su ninfa del Guayas con sus ojazos de horizonte marino y le obsequió con una sonrisa y una mirada de esas que únicamente las almas que hablan entre sí suelen entregarse. Los ojos de Carmela se encendieron con el brillo del almíbar de pechiche. Federica advirtió a las tertulianas que sus versos, aunque poco logrados pues las musas no le habían sido tan favorables como el dioscello del amor, eran palabras sinceras de su corazón abierto.

El torrente de la ría despierta
Junto al dulce rumor de nuestros pasos:
Es el rüido del corazón alerta
Que navega hacia el mar de los abrazos.

De aquella velada que compartieron con Dolores y Rita quedaron para siempre en sus espíritus las lecturas de los poemas, las historias de las abuelas que cada una de ellas contó, esas vidas llenas de secretos intensos de los que solo se habla entre mujeres, y la complicidad silenciosa de los abrazos de despedida. Meses después, Federica, mi Escribiente, y su amiga Carmela se fueron de Guayaquil. Las almas libres son perseguidas por los inquisidores de cualquier alegría ajena y por los esclavos de sus propios miedos.



La última noticia que tuve de ellas fue una postal que Carmela envió a su madre, desde Francia. La postal tiene una imagen en primer plano de la torre Eiffel, que domina con su majestuosidad de hierro el paisaje de la ciudad, y está coronada por *la leyenda: 1889 Exposition Universelle de Paris*. En la postal está escrito: Madre: sólo tú conoces la felicidad del alma libre de tu hija. Con amor, Carmela.

Esperanza Batallas, que platica conmigo en las noches frías de su insomnio acompañado de lecturas, luego de leer la corónica que escribió Federica me abrazó con el cuidado de una mujer que comparte el gesto de su intimidad, así como verdades que son peligrosas. El padre de su hija Sofía se había ido de la casa igual que tantos hombres incapaces de entender el ritmo sosegado de los ritos cotidianos. Ese hombre repitió los lugares comunes del hombre que se quiere marchar; que la vida doméstica lo estaba asfixiando, confesó; que necesitaba espacio personal para crecer, se justificó; que en este país a nadie le importa el arte, se quejó; que en Europa podría ser músico de verdad, explicó; que siempre se ocuparía de Sofía, prometió.

La hija habita un cuarto de paredes color palo de rosa, con una repisa de muñecas que la madre ha ido comprando en el parque del Ejido y en la feria de Otavalo, en el mercado de artesanías de La Paz y en el del Cusco, un cuarto feliz como el vientre materno. Cuando Sofía se queda dormida, Esperanza me habla como a una amiga. «Yo le dije que lo querría toda la vida, pero a él le bastaron un par de años felices hasta que dejaron de serlo; ahora me sobra tiempo para seguir amando la vida entera». Así evocó una noche de confidencias a ese hombre que se fue de músico a Europa y del que su hija Sofía espera, cada sábado, una llamada telefónica que nunca llega. Esperanza no tiene quien le envíe mensajes de amor a su móvil.

Luego del viaje de Federica y Carmela, yo me quedé descansando hasta el nuevo siglo en un galpón de la hacienda de la familia de Carmela, en las praderas sin fin de Samborondón. Junto a la postal parisina, permanecí envuelto en telas fragantes dentro de un baúl de madera cuya tapa tenía labrado un paisaje de la provincia. El baúl, con las esquinas reforzadas de cuero repujado, permaneció cerrado para evitar que los roedores y los vecinos malquerientes hurgaran en los recuerdos prohibidos.

Un sutil olor a nardos me acompañó en la placidez de mi sueño.



Entrevista

A line drawing of two hands shaking, symbolizing an agreement or partnership. The hands are simple, with fingers extended and thumbs pointing towards each other.

ENTREVISTA



ROCÍO

SORIA ROMERO

CUESTIONARIO PROUST-PIVOT

Responde Rocío Soria Romero

El novelista francés Marcel Proust (1871-1922), autor de la monumental saga *En busca del tiempo perdido*, respondió con apenas trece años a un juego de preguntas y respuestas titulado "Confesiones. Un álbum para documentar pensamientos, sentimientos, etc.". Las interrogantes estaban hechas en inglés, pero el escritor respondió en francés.

El cuestionario, como parte de un popular juego de salón, le fue dado a Proust por su amiga Antoinette Faure, hija del presidente de Francia, Félix Faure. Años después, entre 1891 y 1892, un veinteañero Proust respondió en francés a un juego titulado "Las confidencias de salón". Esta segunda versión traducía algunas preguntas de la versión inglesa e incorporaba otras. El manuscrito original, que se llegó a conocer como "Proust por sí mismo", fue subastado en 2003.

Las preguntas proustianas siempre fueron recordadas como la versión victoriana de los tests de personalidad actuales, y fueron usadas por el conductor televisivo Bernard Pivot entre 1975 y 1990, en su programa *Apostrophes*, por el cual pasaron Mitterrand, Polanski, Bordieu, Eco, Yourcenar, Nabokov, Kundera, y otros tantos. En 1993 la revista *Vanity Fair* lo usó con mucho éxito, llegando inclusive a publicar una antología con las respuestas de las celebridades escogidas.

Una variación del cuestionario de Pivot ha sido reciclado por James Lipton desde 1994 en su programa de entrevistas *Inside the Actors Studio*, aunque eliminó las preguntas 40 y 41 por considerarlas inapropiadas para la sociedad norteamericana.

Pixelettras ha retomado el cuestionario Proust y a partir de la pregunta 31 inserta las utilizadas por Pivot y Lipton.

1. ¿Principal rasgo de su carácter?

Introvertida, tímida, de pocas palabras, despistada.

2. ¿Qué cualidad aprecia más en un hombre?

Su humor, su sensibilidad y que sea todoterreno.

3. ¿Y en una mujer?

Su humor, su sensibilidad y que sea todoterreno.

4. ¿Qué espera de sus amigos?

No tengo muchos amigos, pero de los que tengo y a los que puedo contar con los dedos de una mano espero justamente lo que ellos me han sabido brindar: cariño, apoyo, compañía, lealtad, confianza, franqueza, muchas risas y muchos libros y es por eso que seguirán siendo mis amigos siempre.

5. ¿Su principal defecto?

La impaciencia.

6. ¿Su ocupación favorita?

Me gusta mi trabajo de comunicadora sobre todo cuando hago gestión de medios y me toca ir a la radio.

7. ¿Su ideal de felicidad?

Cultivar la tierra y verla florecer.

8. ¿Cuál sería su mayor desgracia?

Enfermar, perder la memoria...

9. ¿Qué le gustaría ser?

Cualquier profesión con la que pueda ayudar a los demás y con la que pueda mantener un perfil bajo y ser libre.

10. ¿En qué país desearía vivir?

Me gusta aquí, es mi país, amo mi ciudad y su centro histórico; aunque a veces la situación se torne invivible e inhabitable por la mala gestión de los gobiernos de turno.

11. ¿Su color favorito?

Negro y rojo

12. ¿La flor que más le gusta?

Los geranios siempre son generosos y eran también las flores preferidas de mi madre, todavía cuidó los que ella plantó.

13. ¿El pájaro que prefiere?

Me gustan los mirlos porque en mi casa hay muchos, son traviesos y juegan a esconderse de los gatos entre las hojas del tilo.

14. ¿Sus autores favoritos en prosa?

Svetlana Alexievich en "Las Voces de Chernobyl", Clarice Lispector en "La pasión según G.H." y "Agua Viva", Mempo Gardinelli en "Luna Caliente", Camus en "El Extranjero", Philip Roth en "Patrimonio", Bernhard Schlink en "El Lector", Henning Mankell en "Zapatos Italianos", Piedad Bonnett en "Lo que no tiene nombre", Selva Almada en "Chicas Muertas"...

15. ¿Sus poetas?

Charles Baudelaire, Oliverio Girondo, César Vallejo, Gonzalo Rojas, Vicente Huidobro, César Dávila Andrade, Efraín Jara Idrovo, Euler Granda, David Ledesma, Manuel Agustín Aguirre...

16. ¿Un héroe de ficción?

Papelucho, el personaje de Marcela Paz, por su capacidad de observar el mundo de un modo diferente, por lo reflexivo y por su humor. Me hubiera gustado tener un hijo como Papelucho.

17. ¿Una heroína?

Alicia, por su personalidad amable, su curiosidad y por su visión del mundo.

18. ¿Su compositor favorito?

Hace unos años cuando tuve un problema auditivo, lo que más me entristecía es no haber escuchado más veces la novena sinfonía de Beethoven, por suerte recuperé mucho de la audición y pude volverla a disfrutar. Él es mi compositor favorito.

19. ¿Su pintor preferido?

Recientemente conocí la obra de Beksiński, me encantó.

20. ¿Su héroe de la vida real?

Sin duda, mi hermoso padre.

21. ¿Su nombre favorito?

Isadora, como el nombre de uno de mis libros.

22. ¿Qué hábito ajeno no soporta?

La jactancia y los chistes de mal gusto.

23. ¿Qué es lo que más detesta?

El engaño, la mentira y la falta de objetivos claros.

24. ¿Una figura histórica que le ponga mal cuerpo?

Cualquiera de los gobernantes que para mala suerte han pasado a la historia siendo su principal rasgo la ineptitud, la incapacidad para velar por los intereses del pueblo o la violencia.

25. ¿Un hecho de armas que admire?

Suena tan terrorífica la palabra armas, qué puede ser tan insalvable que no pueda ser solucionado mediante el diálogo o mediante la palabra. No admiro ningún hecho de armas, me produce terror y desconsuelo eso.

26. ¿Qué don de la naturaleza desearía poseer?

La paciencia, pues la naturaleza nunca se apresura.

27. ¿Cómo le gustaría morir?

Sin dolor y con memoria.

28. ¿Cuál es el estado más típico de su ánimo?

Casi siempre estoy alegre y entusiasmada.

29. ¿Qué defectos le inspiran mayor indulgencia?

La pereza y la desgana.

30. ¿Tiene un lema?

"La única certeza de la vida es la muerte".

31. ¿Cuál es su palabra favorita?

Memoria, pértiga, lóbrego, azul y otras palabras que de tanto paladearlas van cobrando un matiz distinto y no se las puede pronunciar sin cierta emoción, sin cierta vibración en el corazón.

32. ¿Cuál es la palabra que menos le gusta?

La que designa alguna enfermedad incurable, progresiva o degenerativa. Las palabras de los diagnósticos médicos o las que implican violencia.

33. ¿Qué es lo que más le causa placer?

Me gusta cocinar y consentir a los que amo.

34. ¿Qué es lo que más le desagrada?

Las filas de los bancos, los trámites largos, la burocracia, el que la gente tienda a dificultar las cosas en vez de facilitarlas, la falta de cortesía y de amabilidad con la que la gente suele tratar a los demás.

35. ¿Cuál es el sonido o ruido que más placer le produce?

Al amanecer los trinos de los pájaros y como vivo frente a una avenida, el sonido de la ciudad despertando.

36. ¿Cuál es el sonido o ruido que le aborrece escuchar?

Los de los fuegos artificiales.

37. ¿Cuál es su mala palabra favorita?

No expreso malas palabras hacia afuera, únicamente maldigo hacia dentro.

38. Aparte de su profesión, ¿qué otra profesión le hubiese gustado ejercer?

Me hubiera gustado ser médica comunitaria o paramédico. Me gusta aprender de la gente y servir.

39. ¿Qué profesión nunca ejercería?

Ninguna que tenga que ver con un cargo directivo, siento que me tomaría mucho tiempo estar en reuniones y eso me quitaría la libertad, la calma y el tiempo que necesito para pensar en otras cosas más divertidas como leer y caminar.

40. ¿Su droga favorita?

La música y los paseos en solitario.

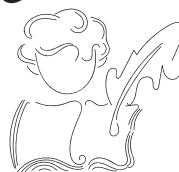
41. Si reencarnara usted en planta o animal, ¿qué sería?

Una planta perenne, solitaria, que produzca frutos con generosidad y que sobreviva sin mayor cuidado como un árbol de higos.

42. Si el Cielo existiera y se encontrara con Dios en la puerta, ¿qué le gustaría que Dios le dijera al llegar?

Yo prefiriera ser recibida por algún personaje más interesante, como el diablo por ejemplo y que al llegar no me dijera nada sino que se limitara a sonreír con un gesto cómplice y un guiño de ojo.

Roofties





LA DEFORMIDAD DEL AMOR

Juan Alfredo Beckmann Paredes

EL ERROR

"A la ciencia le falta pensar"
fueron las palabras de un anciano desconocido
que deambulaba en las calles de Guayaquil-Ecuador.
Se quejaba porque el cajero automático le había quitado
ochenta dólares de su retiro mensual
¿Qué hay entre el error y lo humano?

El error y lo humano se comparan,
la perfección motora ex máquina.

Pensemos en lo humano como un error,
Un fallo, una falta, una mediocridad.

José Ingenieros en El hombre mediocre,
agencia al humano en un campo de mediocridad
¿Hombre ideal? ¿quién sabe?
un pulso ideal: un lirio
el eco de la sombra

El porvenir de la ilusión es el engaño:
La violencia



La anagnórisis
Hamartia, dicen,
el héroe tropieza y cae,
el público respira, mira,
siente el peso en los huesos:
catarsis

.

Estamos llorando

Para Freud el error es un indicio al inconsciente.
Lo que nos hace humanos desde la falta
¿y si no hay fondo sin fallo?
¿Y si somos fallos?

“Error es humano”, ante esto queda la máquina.
La máquina es la que no puede cometer errores,
es la perfecta hija de la ciencia,
técnica que tiene como carencia la falta,
la falta del Eros.
El anciano no pudo cobrar hoy,
El anciano no podrá comer hoy.
No volverá a comer hoy.
El anciano fue un error de la máquina.

PIEL VIOLETA

Las corrientes alternas
son goces:
momentáneos fugaces

La soledad llega de un cosmos suelto
Nos atormenta pero es remota
Vive acciona
Esto es la piel
El jardín de las delicias

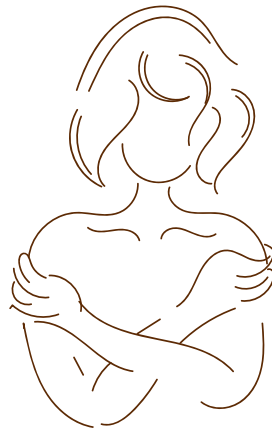
Es el más inexplicable absurdo
y por adición teleológica
Se desintegra
piel con tiempo
codo con aire
cintura con derrumbes

Ideologías
Muertes temporales que escapan
de la pasión cotidiana
a las fauces de la tortura

Escrutamos las formas agudas y quebradas
Penumbras violetas

Violenta es la sed que nos conforta

A seguir exigiendo
a resistir a tocarnos
a masticar vocablos
que penetran nuestras bocas



AL SITIO

Soy ella, soy él y el¹
Al dispar de los tiempos,
Deslizo leche entre caminos habitados.
La habitación se desaparece magenta por los senderos rotos.
No te creo, no existes
Estás rota,
allá voy.
A sentirte.
A vivirte.
El amor la transparencia,
La cruz: la ciudad
de vida inmediata hacia lo tripartito.
(A = A)3

SAMEN DER LIEBE

Los reportes dicen que
En la última noche a Eunoco lo cabalaron
Nauseabundo esperma quedó impregnado en una pared roja, fehaciente,
luego de otra violación. Me siento.
Difuso semen color castaña, pulcro, seco.
Despegó sexual, fruto santificado al final de su expulsión, inquieto "lugar figurativo del crimen".
Necesito una fallida fecundación sobre mis objetos inflados,
cordura mesa sórdida sogá; inexistente nombre vacío de apellidos: llanos y mentiras tangibles.

1 El ángel fresco los incendios siente,
y dirán por los poemas lo trata;
Con rezo lamento la dulzura mata
del dueño amante, que la mente siente.

Hubiera querido sentirme un acto fallido, simple decadencia, espacio agujereado por la saliva que brota de mis brazos ahora ya titanio.

Asciendo, libre al fin.

Hoy me secuestraron los extraterrestres.

Y así fue como Eunuco desprendió luces y se desplazó por el espacio sideral.

NO-RETORNO



Comienzo esbozado

Esbozado deliro

Deliro descifrando

Descifrando energías

Energías nauseabundas

Nauseabundas estrellas

Estrellas sobre el tejado

Tejado ensangrentado

Ensangrentado deseo

Deseo que me comas

Comas desolados

Desolados temores

Temores realizados

Realizados sentimientos

Sentimientos de soledad

Soledad en tu cuarto

Cuarto momento

Momento vacío

Vacío sentido

Sentido bien puesto

Puesto en tus manos

Manos empapadas

Empapadas tus lágrimas

Lágrimas de desierto

Desierto en tus sábanas

Sábanas majadas

Majadas y mojadas

Mojadas de sexo

Sexo espeso

Espesas lágrimas

Lágrimas mis capitales

Capitales mis pecados

Pecados cruciales

Cruciales los fallidos

Fallidos amoríos

Amoríos terminados.

LAS COSAS

Despertó el bebé,
Me mira el bebé,
Me sostiene.
El desierto está perdido en mí.

Y no me veo.
Pasan las horas
El tiempo atraviesa mi cuerpo
Y no me veo
Me pregunta mi nombre
Abro la boca y no sale nada.
El ser fue reemplazado por el sexo
Sexo = Nada

La historia de amor fue indirecta
fue la de otra persona.
La boca quedó vacía.
Los llantos de las cosas rechinan mis dientes,
mastico y solo trago sangre.

La comida se ha acabado.
El bebé sigue llorando.
A la academia le hace falta amar.

LA LUZ

Ellos suceden en las sombras
como mascotas en los nidos.





Las gárgolas son turistas en el manglar
Y la mesa está servida.

Las cisternas reúnen gritos coloridos,
hoy se hospeda el anticristo.
Los números vuelan y el FMI nos saluda
de lejos y de lejos hay paz.

Siempre y cuando estemos lejos.

Siempre y cuando estemos lejos,
la mesa estará servida hasta el fin.
Buscaba en el afuera y no me encontraba,
el afuera era todo lo que tenía.

En el adentro solo estaban mis órganos.
El calor: la humedad

La Historia tuvo sus grandes días,
No sigamos mentiras, el manglar es
un invento contemporáneo y de lo
tropical solo quedan las moscas.

Soy un animal diminuto.
Reacción exotérmica.
Sangrado.
Reacción magenta
La luz

CIUDAD A OSCURAS

"Loco, tu mujer era una perra"
Y ladró y ladró y de su boca salió un hocico.
Las espadas estaban colgadas en el techo
Y la sangre coagulada en el piso.

La miseria es simbólica
y las orgías ya no tienen sentido.
No cumplen su rol
pasaron de moda.
El hocico toma control de lo humano,
la criatura se levanta del piso y gime
Chorrea sangre blanca y viscosa.

Hoy todo es diferente.
Me soy hacia afuera,
Donde la boca balbucea sobre lo sublime.
La ventana se abre y el espejo roto
resuena.

Y entonces escuché un ladrido.
Todos nos quedamos ciegos,
Ciegos y sordos,
sordos y mudos.

"Hoy es 11 de noviembre
y se acaban de suicidar
todos los hombres
de una ciudad sin nombre"



RAZONES EQUIVOCADAS

Alexia Castro

Esta era mi primera relación.

Siempre creí en el amor a primera vista y, desde que vi a Julián, supe que él era el indicado para mí. Al principio, solo compartíamos miradas curiosas en los pasillos de la universidad que luego se convirtieron en sonrisas cálidas.

Después de unos meses de coqueteo, él se acercó mientras veía una película en mi teléfono, esperando a que iniciara mi próxima clase.

—Disculpa, ¿está ocupado?

Tres palabras y una sonrisa que marcaron el comienzo de nuestra historia. No sabía cómo iba a terminar, pero estaba dispuesta a hacer el viaje.

El semestre avanzó, entre cartas secretas y mensajes de “Buenos días”, hasta que el último día Julián me dijo que me llevaría a una cita. Habíamos salido antes, pero nunca había usado esa palabra.

Recuerdo arreglarme con mi vestido más bonito y un lazo en mi cabello, quería verme bien. Algo me decía que ese era el día en el que por fin me pediría formalizar nuestra relación.

—¿No crees que van un poco rápido? —dijo mi mejor amiga mientras me miraba maquillarme.

—Realmente creo que es él —respondí confiada.

Ella se levantó de mi cama y se acercó a abrazarme.

—Ten cuidado, las malas lenguas dicen que es problemático.

—Tú lo has dicho, las malas lenguas —me separé de su abrazo y le sonreí—. Ya sabes cómo es la gente.

—No lo sé, Dia —se cruzó de brazos, dudosa—. He escuchado cómo se refiere a su ex y no creo que las cosas hayan terminado, como él dice.

Había un rumor rondando los pasillos. Alguien dijo haber visto a Julián en una discusión acalorada con su exnovia. Dicen que él estaba muy molesto y riendo como un maniaco mientras la

arrinconaba contra la pared; sin embargo, no creí que fuera cierto ya que siguieron juntos un año más después del supuesto incidente.

—No te preocupes, Isa —intenté tranquilizarla—. Todo va a estar bien.

—¿A qué hora te viene a ver?

—Él me dijo que nos encontrábamos allá.

No le veía lo malo a encontrarnos en el lugar acordado, él me recibió con un abrazo y caminamos por unos minutos hasta que se puso frente a mí y nos dimos nuestro primer beso. La pregunta se deslizó en un susurro de sus labios, y yo pensé en lo afortunada que era. Aunque durante el resto de nuestra relación ese sería el momento más romántico que vivimos.

Poco a poco, las cartas y conversaciones íntimas fueron desapareciendo, pero yo quería que funcionara.

—Julián, ¿hay algo malo? —le pregunté un día, preocupada de estar haciendo algo mal.

—No, bonita, ¿de qué hablas?

Me costaba mirar a las personas a los ojos y no sabía cómo tocar el tema.

—Es que... Hace mucho no me escribes cartas y...

—¿Por qué lo haría? Ya somos novios —interrumpió y mis pensamientos se detuvieron.

—Nunca has escuchado la frase "Reconquistala cada día", ¿verdad? —intenté bromear, aunque sentía un nudo en el estómago.

—Eso solo aplica para cuando la estás engañando y quieres que se quede, y hasta donde yo sé, no lo estoy haciendo.

Ni siquiera tenía sentido, pero algo debió haber visto en mi mirada que encendió una chispa de rabia en él.

—A menos que tú me estés engañando —dijo confiado y yo no lo podía creer.

—¿Qué? —fue lo único que logré decir, mientras sentía que el mundo se desmoronaba a mi alrededor.

—¿Por qué querrías que ponga más esfuerzo del que ya pongo en esta relación? ¿Hay alguien más, verdad? —su tono de voz iba subiendo y las personas en el centro comercial comenzaban a mirarnos.

—No, Julián, solo quería que sigamos haciendo lo de las cartas —la vergüenza me carcomía y la mano de Julián apretaba mi muñeca con fuerza.

—Pues anda pídeselas a la persona con la que te estás acostando —soltó mi muñeca, se puso de pie y se fue.

Estaba en shock, veía frente a mí a algunas personas mirándome, unas con pena y otras me juzgaban como si todo lo que había dicho Julián fuera cierto.

Me puse de pie y decidí caminar hasta mi casa.

Me encantaría poder decir que todo acabó ahí, pero a veces toca aprender las lecciones a la mala.

“Hola mi amor, lo siento por lo que pasó hoy, no debí preguntar aquello, entiendo que no quieras que nos demos más cartas, pero no estoy con nadie más que tú y no quiero a nadie que no seas tú.

Por favor, perdóname y hablemoslo”.

En ese entonces no entendí por qué envié aquel mensaje, pero después de unas cuantas sesiones de terapia logré entenderlo.

Julián y yo volvimos y nuestra relación volvió a ser “mágica” unos cuantos meses más.

—Vamos mi amor, todos lo hacen y ya vamos a cumplir un año de novios.

—No lo sé, sabes que hay muchos riesgos y yo quiero terminar primero mi carrera.

—Solo piénsalo, bebé, todo saldrá bien.

—Está bien, lo voy a pensar.

Sin embargo, mi decisión nunca fue respetada.

—Julián te dije que eso no me gusta —dije apartando su mano de mis senos.

—Vamos bebé, no te pido que lo hagamos, pero, por lo menos, déjame tocarte.

—No, Julián.

Sin embargo, mis “No” con respecto al tema nunca fueron escuchados y el día de su graduación cedí.

—Día, ¿estás bien? —dijo Isa mientras trabajamos en nuestra tesis en mi casa.

—Sí, solo he estado con náuseas y mareos desde hace unos días.

—Esta historia ya me la sé —dijo con un tono cantarín.

—¿A qué te refieres?

—¿Cuándo fue la última vez que tú y Julián estuvieron?

—Hace como una semana, ¿por qué?

—¿Y antes de eso?

—No me siento cómoda hablando de mi vida sexual —especialmente porque cada vez que lo hacíamos dolía y a pesar de que la ginecóloga decía que era normal, no podía evitar detestar el momento.

—Bien, vengo en un rato —dijo saliendo de mi cuarto con su billetera.

La prueba de embarazo que compré salió positiva. Veinticuatro años y embarazada.

Recuerdo a Isabella felicitándome mientras yo pensaba en que mi vida estaba arruinada.

En ese momento mientras Isabella me abrazaba en el baño de mi casa, entendí que llevaba mucho tiempo sin estar enamorada de Julián, que seguía con él por costumbre, por miedo, por soledad.

—Isabella, tengo que contarte algo —susurré.

Siempre fui buena mintiendo, por ello siempre pude fingir ante Isabella y pintar nuestra relación como un cuento de hadas.

Ver a mi amiga quebrarse ante todo lo que había pasado me reconfirmó lo que hace unos segundos había pensado: (Seguía con él por todas las razones equivocadas) y tuve pánico.

—¿Por qué te quedaste, Dia? —sollozó abrazándome— ¿Qué vas a hacer con el bebé?

Ahí rompí en llanto.

Intenté ocultarlo, pero mi familia se dio cuenta rápido, al igual que Julián. Todos estaban felices por el primer nieto, pero no lo podía entender.

—¿Sabes? Ahora que vamos a ser padres, vas a tener que quedarte en casa cuidando al bebé. ¿Vas a tener tiempo para tu tesis?

Sabía lo que venía.

—No voy a dejar la tesis si es lo que estás sugiriendo.

—Por Dios, Diana, ya el jueguito de la carrera te duró mucho rato, los dos sabemos que ni siquiera eres buena en ello.

—Entonces, ¿por qué aun sin estar graduada ya tengo tres ofertas de trabajo esperándome?, y tú que llevas ¿No sé? ¿tres años graduado? A duras penas recibes un trabajo pequeño al mes.

—¿Te crees tan lista?

—¿Las tres entrevistas que he pasado no te dicen eso?

Me arrepentí tanto de mi tono y mi valentía.

—Tú no te mereces esas ofertas —dijo mientras sus manos hacían presión en mi cuello y su rodilla estaba apoyada en mi vientre— ¡Yo soy el que las necesita! ¡Yo soy el que debe proveer! ¿Entiendes?

Tenía miedo, intentaba pedirle perdón, pero el aire no llegaba a mis pulmones.

Lo último que escuché de Julián aquel día fue que eso era lo que me merecía.

Cuando abrí los ojos en el hospital, él se encontraba ahí, llorando lágrimas falsas, el doctor se acercó a mí, me dijo que el bebé estaba bien, pero que me tendrían que internar en un psiquiátrico por ser un daño para mí misma por intento de suicidio estando embarazada.

No pude defenderme.

Aquellas semanas pasaron en piloto automático y cuando salí tenía siete meses de embarazo.

—¿Cómo se va a llamar el bebé? —preguntó mi tía.

Volteé a ver a Julián, no lo habíamos discutido un nombre, pero sabía que él ya tenía una respuesta.

Mudarme con Julián fue de las peores cosas que hice, pero no tenía alternativa, el bebé llegaría en nada y no quería molestar a nadie.

—Siéntete como en casa —dijo él abrazándome y yo asentí con miedo a que mi respuesta no fuera la que el esperaba; sin embargo, no importaba qué hiciera, la respuesta nunca era la correcta.

—Nunca puedes apreciar nada de lo que hago por ti.

—Perdón si se vio así, es solo que estoy agotada.

—¿Agotada? ¡Solo pasas acostada todo el día!

—Estoy embarazada.

—¿Y? No es excusa, tu cuerpo está diseñado para eso.

—Julián, no quiero pelear.

—Entonces deja de ser tan insolente —dijo y se encerró en “nuestra” habitación.

Mi tesis quedó olvidada, cada día me sentía más miserable, no podía creer que en esto se había convertido mi vida.

Dos días en la casa de Julián y sentía que no podía más, cada día era una migraña constante, nunca podía ganar, hasta que ocurrió lo peor.

Mi bebé, mi lindo bebé, nació conmigo teniendo siete meses de embarazo y vivió tres días hasta que su corazón falló porque el hospital no tenía todo lo necesario para mantenerlo vivo más tiempo.

Todos me culpaban por haber perdido lo único que me mantenía cuerda. Julián todas las noches me decía lo inútil que era por no poder haberlo mantenido vivo.

—No digas que yo te dije esto, ¿sí? —dijo Isabella cuando por fin pudo visitarme—, sé que te duele perder a tu bebé, pero solo tienes esta oportunidad para salir.

Me dio el número y dirección de una casa de acogida.

—Por favor, sal de esto y no mires atrás.

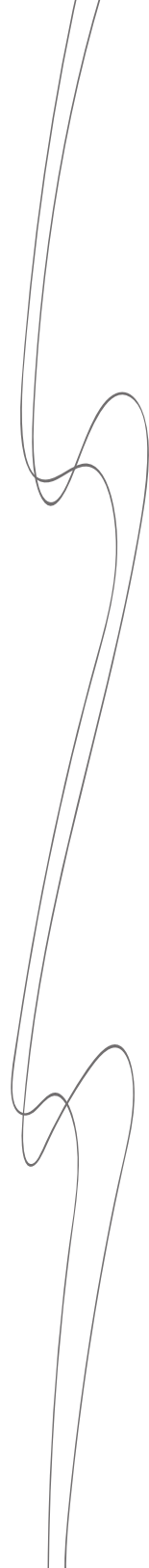
Y eso hice, aunque no fue fácil, encontrar todos mis papeles y llevarme mi ropa de a poco me asustaba, Julián enloquecería si se daba cuenta.

Pero gracias a Isabella todo estuvo bien.

—¿Por qué crees que te quedaste? Todas las señales estaban ahí —dijo una de las muchachas en la asamblea del colegio en el que estaba exponiendo mi historia.

—Yo también me pregunté lo mismo mucho tiempo —sonreí con los labios fruncidos— sin embargo, mientras la psicóloga del refugio me enseñaba sobre el termómetro de violencia mis pensamientos volvieron a cuando tenía veintidós años y me encontraba desconsolada llorando en mi habitación por el incidente de las cartas.

—Tía, creo que voy a terminar con Julián —dije después de que ella entrara al cuarto y me viera llorando.



—¿Qué? Pero, ¿Qué pasó?

Después de contarle el escándalo que Julián había armado y cómo la gente me había mirado, mi tía soltó una risa negando.

—Ay mijita, ¿Tú de verdad querías a ese muchacho? ¿Tanto escándalo por unas cartas?

—Pero, yo...

—Él se preocupa por ti, es bueno con la familia y siempre salen, yo creo que con eso te demuestra bastante.

—Nos es difícil entender por qué nos quedamos en situaciones donde no nos valoran, en situaciones peligrosas. Y si para nosotros es difícil, para el resto aún más. Cada día en el refugio me preguntaba por qué ignoré los rumores, por qué le hice caso a mi tía, por qué ignoraba cuando se burlaba de mí, por qué ignoré todos sus arranques violentos contra los demás, por qué ignoré la forma en la que se refería a las mujeres, pero el mayor porqué —dije mientras sentía mi voz quebrarse cómo cada vez que tenía que decirlo— ¿Por qué me costó tanto ponerme primero?

Después de unas cuantas respiraciones rápidas pude recomponerme.

Una chica alzó la mano tímidamente.

—¿Qué pasó con Julián?

—La justicia no siempre es justa y Julián peleó para demostrar que nada había pasado. Y lo consiguió. Yo no tenía pruebas y él tenía registros médicos que probaban que yo no estaba bien mentalmente; sin embargo, eso nunca me ha detenido de contar mi historia, porque yo sé lo que viví, y aunque Julián lo niegue, él sabe lo que hizo, lo que me hizo.

Suspiré no queriendo terminar la charla en una nota triste.

—Siempre creemos que nos merecemos lo que recibimos, pero no siempre es así. Nadie merece ser tratado como que no vale nada en una relación, o en su trabajo o en su familia. Todos somos valiosos a nuestra manera; sin título, sin hogar y sin nada, sentía que no valía un solo centavo, pero educarme en violencia de género, entender lo que me pasó y por qué me pasó es lo que me hizo valiosa, porque ahora, puedo compartir mi experiencia con ustedes, puedo mostrarles las señales y hacerlas ver por qué no deberían quedarse por las razones equivocadas.

Todas las chicas de este colegio me miraban sollozando o intentando aguantar sus lágrimas.

—Recuerden que, si están viviendo una situación así, no están solas, siempre va a existir una Isabella que las ayude a salir y si sienten que no la tienen, al inicio de la charla les repartí una tarjeta con mi número, no importa la hora, siempre estoy disponible.

Mi primera relación...mi primera relación



Razones Equivocadas Razones

Razones Equivocadas

Razones Equivocadas Razones

In memoriam
Antonio Skármeta





ADIÓS AL CARTERO DE NERUDA

El mundo de las letras despidió en 2024 al chileno Antonio Skármeta (1940-2024), escritor, guionista, diplomático y promotor cultural, cuya obra marcó un antes y un después en la literatura latinoamericana. Skármeta, nacido el 7 de noviembre de 1940 en Antofagasta, Chile, deja un legado imborrable de cuentos, novelas y adaptaciones cinematográficas que lo convirtieron en un puente entre la literatura y el cine, entre Chile y el mundo.

Graduado en Filosofía y Letras en la Universidad de Chile y con estudios de cine en la Universidad de Columbia, Nueva York, Skármeta encontró en el lenguaje audiovisual y literario una doble herramienta para plasmar las luchas de sus personajes, reflejos muchas veces de la realidad chilena. Fue en esta amalgama de formas narrativas donde su talento brilló con mayor intensidad.

El golpe de Estado de 1973 marcó un punto de inflexión en la vida de Skármeta, quien se exilió en Alemania Occidental. Durante más de una década en Berlín, enseñó literatura y cine, escribió guiones y novelas, y se convirtió en una voz cultural clave que dio visibilidad internacional a la lucha del pueblo chileno. Su exilio no apagó su creatividad; por el contrario, fue en esos años cuando escribió obras como *No pasó nada* (1980), laureada con el premio Bocaccio internacional, una novela que refleja las vivencias de un joven chileno en el exilio, con una mezcla de humor y melancolía.

Skármeta debutó en el panorama literario con cuentos que pronto revelaron su capacidad para capturar las complejidades de la vida cotidiana y las tensiones políticas. Obras como *El entusiasmo* (1967) y *Desnudo en el tejado* (1969) mostraron su temprano dominio del relato breve; sin embargo, sería con su novela *Ardiente paciencia* (1985) donde alcanzaría un reconocimiento internacional extraordinario.

Tras su regreso a Chile en 1989, Skármeta desempeñó un papel crucial como embajador en Alemania (2000-2003), un cargo que le permitió tender puentes culturales entre dos mundos que él conocía profundamente.

En la década de 1990, Skármeta alcanzó otro hito en su carrera con el programa de televisión, *El show de los libros*, emitido por Televisión Nacional de Chile. Este espacio, dedicado a la promoción de la lectura y el diálogo literario, tuvo un impacto sin precedentes en la cultura latinoamericana, acercando autores, libros y lectores en un formato accesible y dinámico. Fue un ejemplo del

compromiso de Skármeta por democratizar el acceso a la literatura y fortalecer el tejido cultural del continente.

Su libro más celebrado, *Ardiente paciencia*, es ambientado en Isla Negra durante los últimos años de vida del poeta Pablo Neruda, y explora la relación entre el cartero Mario Jiménez y el laureado escritor.

Más que un simple homenaje al poeta nacional, *Ardiente paciencia* es una meditación sobre el poder transformador de la poesía y el lenguaje, una oda a la imaginación en tiempos de adversidad. La obra fue adaptada al cine por el propio Skármeta en 1983, dos años antes del lanzamiento de su novela, y una década después inspiró la película *Il postino* (1994), dirigida por Michael Radford. Con este título, la historia de Mario y Pablo cautivó audiencias en todo el mundo, logrando cinco nominaciones al Oscar, incluida la de mejor película, y consolidando a Skármeta como un narrador universal.

La obra del chileno fue galardonada con múltiples reconocimientos, entre ellos el Premio Nacional de Literatura de Chile en 2014, un reconocimiento a toda una carrera dedicada a enriquecer la narrativa chilena y universal. Otros galardones incluyen el Premio de Literatura de la Fundación Konrad Adenauer y el Premio Altazor. Fue también distinguido por el gobierno de Francia como Caballero de la Orden de las Artes y las Letras. Italia le concedió el título de Comendador y Alemania la Medalla Goethe. Sus obras han obtenido algunos de los más prestigiosos premios internacionales: *La boda del poeta* obtuvo, en 2001, el Prix Médicis en Francia y el Grinzane Cavour en Italia; *La chica del trombón* (2001) recibió el Elsa Morante. *El baile de la Victoria* fue merecedora del Premio Planeta en 2003, y pasó del papel al celuloide en 2009, bajo la dirección de Fernando Trueba.

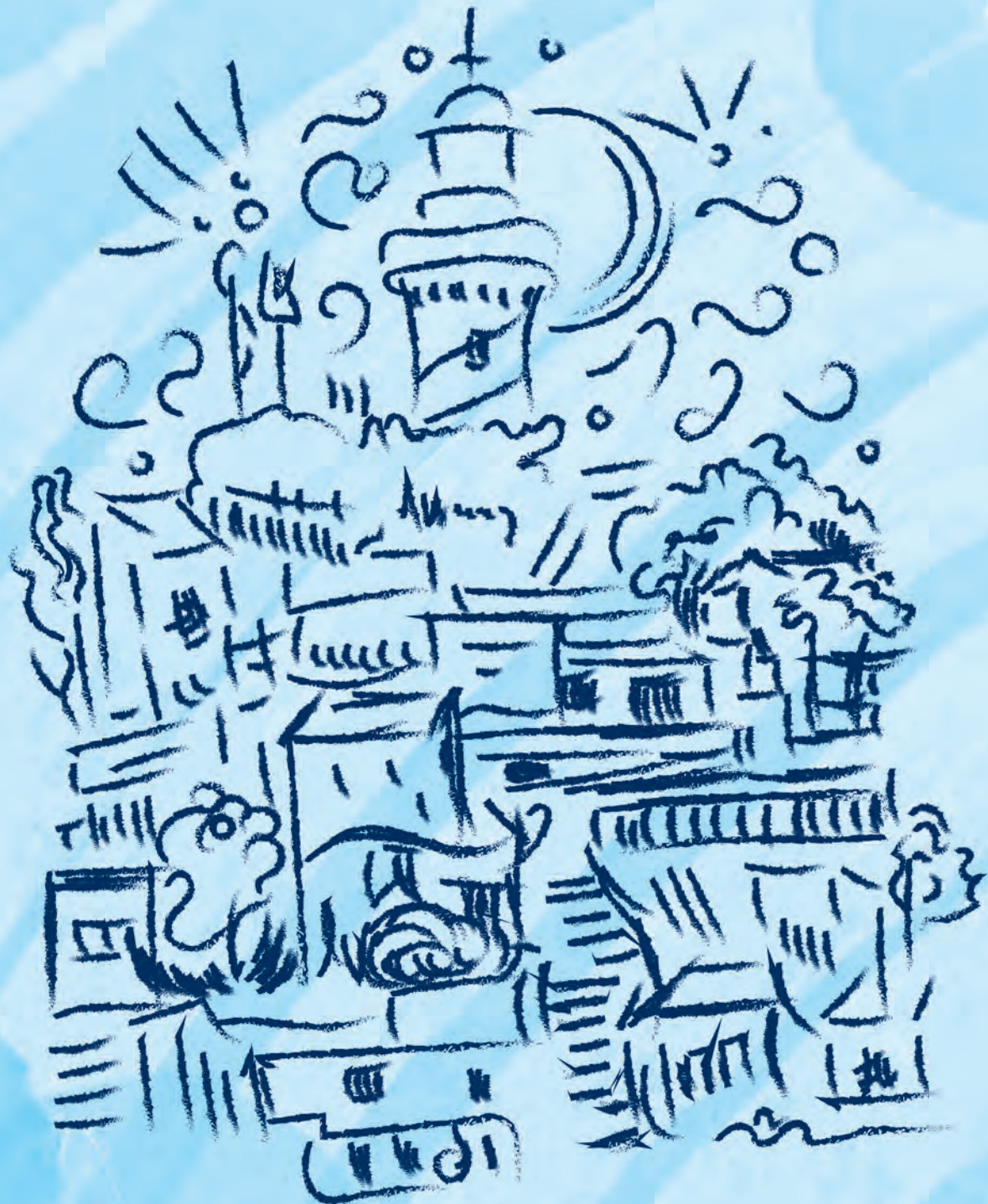
La partida del narrador chileno no solo deja un vacío en la literatura chilena, sino también en el corazón de quienes encontraron en sus historias un espejo de su propia humanidad. Su capacidad para entretener poesía, política y humor lo convirtió en un narrador único, capaz de trascender fronteras geográficas y emocionales.

La literatura latinoamericana pierde a un autor que supo honrar la tradición de sus grandes maestros mientras construía un estilo propio, profundamente conectado con su tiempo. Pero su obra permanecerá, como un testimonio del poder de las palabras para transformar realidades y como un recordatorio de que, en la imaginación, siempre hay un espacio para la esperanza.

Que descanse en paz, Antonio Skármeta. Su voz seguirá resonando en las páginas y en los corazones de sus lectores.

Miscelánea

A decorative graphic located at the bottom right of the word 'Miscelánea'. It consists of four small, stylized books arranged in a square pattern, with a cloud-like shape to their right.



MEMORIAS DE UN MÉDICO GUAYAQUILEÑO¹

Ricardo Ortiz San Martín

Abrí mis ojos al mundo un 10 de mayo de 1936, en una casa situada en la calle Boyacá entre Ballén y Aguirre, que por ser de madera fue reemplazada por una de cemento, sin haberme dado cuenta cuándo sucedió este cambio; según mi padre, mi nacimiento fue a las once en punto de la mañana, con el pito de la proveedora de los bomberos que anunciaba todos los días esa y otras horas. Mi madre fue atendida por la obstetra Angelina Lascano, recomendada por mi abuela Magdalena, su compañera, con quien estudió en la Universidad Central de Quito, junto a otras doce compañeras con quienes se graduó en 1910. Fue un nacimiento rápido y sin complicaciones y sin los controles pediátricos actuales de permeabilidades de orificios, oído, nariz y garganta, etc., pero la destreza de la obstetra fue suficiente y después corroboré personalmente la calidad de las obstetras cuando acompañé a mi abuela a atender algunos partos. Todo el evento cursó sin ningún problema, mi madre en cama por 40 días, tomando sopa de pichón diario, más el líquido que la presa, porque se decía que en el líquido estaba “toda la vitamina”, y que las presas eran prácticamente un bagazo, ideas de la época que se cumplían a rajatabla, aunque en muchos casos antes y ahora las personas que al parir no tienen quien las asista, se ven obligadas a realizar sus labores de casa casi desde el siguiente día, felizmente en aquellos tiempos las cesáreas no estaban “de moda”, primero porque habían excelentes profesionales que con gran destreza cambiaban con las manos la posición del niño dentro del útero, para que pueda realizarse el parto aunque esté de pie o posición podal, yo conocí las destrezas de mi abuela en la que casi nunca requería del ginecólogo, y en la década del treinta la falta de antibióticos, el precario conocimiento de la asepsia y antisepsia, y además una anestesia muy peligrosa, hacía que los profesionales se esfuercen para salir adelante con el parto, sin cirugía.

Estoy tratando de recordar desde el amanecer hasta el atardecer de mi vida. A los ochenta se comienza a pensar que “ya siento que vienen por mí”, frase de una canción jocosa que oí en Chile, y que me hace recordar que la mayoría de mis compañeros han fallecido, y hay otro grupo con importantes problemas de salud; “sano”, lo que se llame sano, creo no conocer a nadie de mi edad, mejor que yo, aparentemente sí, especialmente en lo mental, he perdido mucha memoria

¹ Fragmento del libro *Memorias de un médico guayaquileño*.

y a veces tengo dificultad para recordar nombres y cosas comunes, no pienso en Alzheimer ni demencia senil por ahora, pero sí es evidente que es parte de mi período de involución natural o como disfrutaba llamarlo con mi mujer, en mi estado lento pero progresivo de autodemolición; raras veces tengo nostalgia, creo haber vivido bien y de acuerdo a mi circunstancia, y pienso no haber hecho ninguna maldad conscientemente; y, si por alguna razón, alguien ha sido lesionado por mi acción o inacción ojalá me haya perdonado.

El haber sobrepasado los ochenta es un regalo de Dios, me ha permitido ver cambios importantes de la historia de la humanidad. Después del invento de la rueda y de la imprenta (entre los más grandes) he podido ver el desarrollo de la genética, la epigenética, el chip, sistema Crisp-r, Car-T en Biología, y, en general, “el código de la vida”. He vivido años sin teléfono fijo, y también sin teléfono móvil, y recién a los veinticinco años vi la Tv en casa. Antes solo vivíamos con un pequeño radio Emerson que era la delicia de mi hogar desde la década del cuarenta del siglo anterior, y otro aparato comprado anteriormente por mi padre, un fonógrafo viejo sin uso; luego, a comienzos de los años cincuenta, un radio tocadiscos RCA para discos de vinilo muy elegante, que incluso lo transportábamos a fiestas de amigos, por su maniobrabilidad. He vivido el avance de las comunicaciones inalámbricas, y como una maravilla a mis ojos, el fax; increíble aun hoy me parece parece mágico que escribo una carta y que llegue a París, en segundos. En alguna medida me es incomprendible comprender este adelanto, tan reciente, y ya es obsoleto; además, estoy viviendo el gran desarrollo de internet, la inteligencia artificial, WhatsApp, Facebook, Twitter, TikTok, y el ingreso reciente del internet satelital; es decir, no puedo pedir más a estas alturas de mi vida.

Nuestros antecedentes indígenas son diferentes a los de sierra y oriente, por eso somos distintos: los quiteños venden al Ecuador como que todos fuéramos de poncho, cuando no lo usamos nunca; estamos más cerca del Caribe que de las altas montañas. Nuestra raíz y forma de ser se deben al clima, al entorno fluvial y marítimo, a nuestra calidad de puerto con ríos y mar.

Nuestro Guayaquil se ha hecho a pesar de las desgracias, incluso desde la colonia, con los piratas, los incendios que han consumido partes importantes de nuestra historia física ancestral, el lodo y el manglar, los mosquitos y las pestes; a pesar de todo, y a pesar del centralismo que ahora lo vemos mejor, es una ciudad que crece y avanza a pesar de que malos guayaquileños cuando ocupan cargos importantes que pueden decidir a nuestro favor; en cambio, privilegian a otros lugares, lo que en algún sentido es bueno, pero no quitarnos algo para entregarlo a otros, quitarnos incluso el territorio; cada vez somos más pequeños, ya se fraccionó la provincia quitándonos gran parte del futuro, creando una nueva, una escisión grave, porque no se ve algún sentido en esa acción.

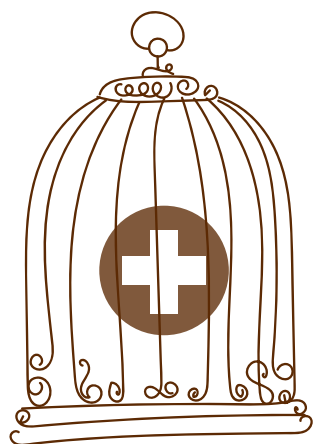
Además, cada vez nos quitan la posibilidad de ayudar a nuestros ciudadanos desde nuestras perspectivas, desde nuestra idiosincrasia, no podemos educarlos; nos limitan el número de becas, no podemos progresar, nos quieren dejar como puerto para canoas, en vez de potenciarlo, porque Guayaquil ha sido y es uno de los más importantes puertos del Pacífico, milenariamente. Aquí estuvo el más grande astillero del sur. Por aquí entra casi toda la carga que llega al Ecuador, por aquí se exporta lo mejor del país; y, además, al ser Guayaquil una ciudad que recibe muy bien al que le llega, tiene cada vez más demanda de fuentes de trabajo. Al intentar suprimir el puerto frente a la ciudad se quedarían miles de familia sin fuentes de trabajo.

No creo que los chilenos siquiera han pensado disminuirle a Valparaíso su calidad de puerto; ni a Callao, ni a Buenaventura, ni tampoco creo que ningún ciudadano de Callao, Buenaventura o Valparaíso lo aceptarían. Que se necesitan más puertos, pues que los hagan; las cargas y los importadores y exportadores que escojan por donde quieren entrar y salir, no creo que los guayaquileños, pese a las dificultades centenarias, puedan aceptar que lo que hemos ganado con tanto esfuerzo ojalá los perversos centralistas no continúen en ese plan, y si lo quieren, deberían hacer una consulta popular y verán que no menos del 90% estará en contra, pero van a aparecer dioses serranos o costeños serranizados que no lo aceptarán. El dragado del Guayas se impone para su recuperación, y para convertirlo en una fuente para transporte local e intercantonal, además de la gran posibilidad turística, pese a los esfuerzos que hemos hecho para remover los sedimentos con las fuentes que se han hecho y que debieron ser.

Desde Guayaquil se fundó la Patria, desde Guayaquil, salieron las tropas para la batalla del Pichincha (fuimos independientes por dos años), no aceptamos unirnos a nadie más que a la Audiencia de Quito; hemos sido integracionistas en exceso, desde las alturas nos discriminan, y he conocido y vivido personalmente cuando he estado en cargos públicos, la primera vez en una junta militar con un señor Maldonado de ministro, quien no autorizaba que las matrices farmacéuticas se instalaran en Guayaquil, porque la lógica indicaba que aquí tenían el mayor volumen de ventas, y las cosas continúan así: cada vez se hace más difícil instalarse en Guayaquil, por los continuos viajes que tienen que hacer para sus gestiones.

Ya se llevaron el control sanitario, pues siempre quisieron llevárselo, por fin lo consiguieron; ya se llevaron el Banco de Sangre, fundado en Guayaquil por la Cruz Roja del Guayas. Cerraron el Instituto de Higiene, ya tenemos la Autoridad Portuaria de Guayaquil minimizada, están acabando con el voluntariado de Guayaquil, que es parte de su esencia, de confraternidad, desprendimiento y activismo, quebraron la banca de Guayaquil dos veces, con Isidro Ayora, y en el año 2000; todo está centralizado, no podemos, desde la ciudad más poblada del país, hacer y terminar una gestión,

que casi siempre cae en manos de un burócrata odiador de todo lo costeño y guayaquileño y retrasa cosas que podrían resolverse en menos de una semana. Cada día ponen más trabas, somos mejores que ellos, pero a nosotros nos retrasan por nimiedades.



¡MIRA, GILDA!

Liliana Miraglia

Aunque todo el mundo esté esperando que aquí se hable de la novela de Gilda, yo en realidad, trataré de no hacerlo, además porque Cecilia Loor ya lo hizo. Trataré de no hablar de la novela para nada y aunque esto equivale justo a lo que se supone que no se debe hacer, yo de quien sí hablaré es de Gilda.

Es que a veces no confío mucho en Gilda o mejor dicho a veces no confío para nada, cuando la leo. No confío mucho en Gilda porque ella siempre está tratando de sorprender a algún lector distraído, como en el título de uno de sus cuentos, y a mí, ya me ha revolcado algunas veces, siempre me sorprende, debo ser una lectora distraída.

Dentro de ese ambiente de sospecha, me muevo con mucha precaución, mientras ella lo hace con habilidad y astucia. Yo me mantengo en espera de que si no me sorprendió en la página 4 (tal vez ya lo hizo en la primera) me sorprenderá al finalizar la página 16 o la 140, cualquiera. Diría, para quién no lo sabe y quiere probarlo, que es cómo correr todos los riesgos al cruzar una gran avenida.

Como Gilda es una buena guayaquileña y normalmente sus acciones se desenvuelven en una Guayaquil muy bien mostrada, yo diría que leerla es como cruzar su avenida principal, la Nueve de Octubre, a las 12 del día y con abundante sol. Pero también podría ser la Quinta Avenida de Nueva York o si se quiere la tercera que es más ancha, con algo de viento y mucho frío, todo por ubicarme en lugares extremos. Las pasiones desbordadas corresponden a Guayaquil, donde los vehículos afortunadamente no siempre con buena puntería, “tiran a matar”, mientras que la calma, la medida, la técnica corresponde a los ordenados “gringos” en Nueva York sin poder adelantar su vehículo ni un centímetro mientras el último bien andante peatón termine de cruzar toda la calle y se suba a la vereda, así esté el semáforo en rojo verde amarillo o morado, que es el color que ahora se me ha ocurrido que pueda ser el que deberíamos utilizar para empezar a manejar códigos nuevos o códigos neutros o nuevas palabras tal vez como las que usa Gilda en su novela.

Pero esto no es del todo lo que quería decir.

Creo que la novela de Gilda tiene el tono de su voz y me remite a otras situaciones de escritura. Me veo en una época en la que todavía escribíamos cartas en papel y con sobre que se podían tocar y más aún, cuando todavía se escribía a mano. Estoy en una ciudad extraña, vivo en un

departamento que tiene una ventana que mira a la parte posterior de un edificio. Tengo acceso con mi mirada a varios pisos con sus cristalerías y balcones. Sentada en un sillón, me la paso mirando al edificio del frente. Me concentro poco. Una señora japonesa de un piso de abajo, sale al balcón y hace una serie de movimientos como si rezara, mientras lo hace mira hacia arriba, un poco más arriba de donde estoy yo; un muchacho joven no se deja sorprender y me mira él, haciéndome sentir incómoda; una mujer le corta el pelo a un hombre y ese tipo de cosas. Me siento una entrometida. Sin embargo, lo que llama mi atención es una cobra blanca (tal como se oye) que vive y está siempre en la esquina de un balcón en el mismo piso mío, del lado derecho. La cobra blanca estira su cuello constantemente hechizada por la música inaudible y hasta invisible que alguien debía estar ejecutando desde otra ventana de por ahí. Le escribo a Gilda, en papel con sobre, le cuento lo que veo, de los vecinos, de la señora japonesa, del joven, de todo eso, pero más que nada le cuento de la cobra blanca, un poco con miedo de que ella fuera a pensar que mi estadia en el extranjero me tenía delirando, pero también lo hago, con toda la serenidad y confianza que no tengo al leer lo que ella escribe, segura de que me va a entender exactamente lo que yo le digo y con la esperanza de que me responderá algo así como: si su cuello es de cobra, si su cuerpo también, si te parece cobra y se mueve como cobra entonces es una cobra. Sé que no era una cobra y peor blanca, porque no hay cobras blancas en los balcones de las grandes ciudades, pero me quedé tranquila y aliviada después de habérselo comentado y escrito a Gilda. Al poco tiempo llegó la respuesta escrita a mano de Gilda, también en papel que se puede tocar y con sobre. A Gilda nada parece sorprenderle. Ella celebró que esa ciudad fuera tan interesante y curiosa, que hasta hubiera cobras blancas en los balcones, aunque no sabía qué podía hacer una cobra blanca ahí que no fuera saltar de balcón en balcón, exponerse a que la señora japonesa la espantara, comer la hierba que le habían regalado en otro balcón y saltar peligrosamente hacia otro balcón más de otro rascacielos, moviéndose mucho más allá, saliéndose a veces del campo de visión que Gilda abarcaba desde mi carta.

Una vez más: la sorprendida era yo. No se me hubiera ocurrido considerar cobras blancas que saltan, pero, como Gilda siempre está explorando por todos lados, o tal vez lo vio en el Discovery Channel, pensé que posiblemente ella no sólo conocía cobras blancas, sino que además sabía que estaban capacitadas para saltar y que comían hierba. Se me abrió todo un mundo de ricas ensaladas por delante, una especie de salad bar para mi cobra en los balcones. Ahora era la gran ciudad la que me sorprendía con sus secretos. Lo encontré muy interesante, mi panorama se enriqueció, me imaginaba a mi cobra blanca saltando de balcón en balcón, aunque yo nunca lo hubiera visto. Mucho tiempo después, cuando mi comunicación dejó de ser escrita a mano, es decir, cuando se volvió hablada, nos dimos cuenta, tal y como lo van a escuchar, que yo hablaba de una cobra y que ella hablaba de una cabra.

¿Qué fue lo que sucedió? Pues ni ella ni yo escribíamos bien el rabito de la a o de la o. Así que, cada vez que yo escribía cobra, Gilda leía con justa razón cabra y cada vez que ella escribía cabra, yo leía con justa razón cobra. Por eso ninguna de las dos sospechó nunca de que estábamos hablando de animales diferentes. No sé si también Gilda, pero iyo que siempre me he jactado de tener buena caligrafía!

De todos modos, todavía no sé por qué estoy hablando de todo esto, a este paso ya mismo voy a contar una de elefantes, espero que no. Pero, aunque suene a historia banal, a mí lo del rabito de las vocales me quedó dando vueltas, no sé si con eso lo que quiero es que alguien piense en la importancia de la palabra escrita o de la precisión del lenguaje y eso sí es que no quiero meterme también en lo que corresponde a las identidades, cosa que no haré. Pero algo de esto debe haber.

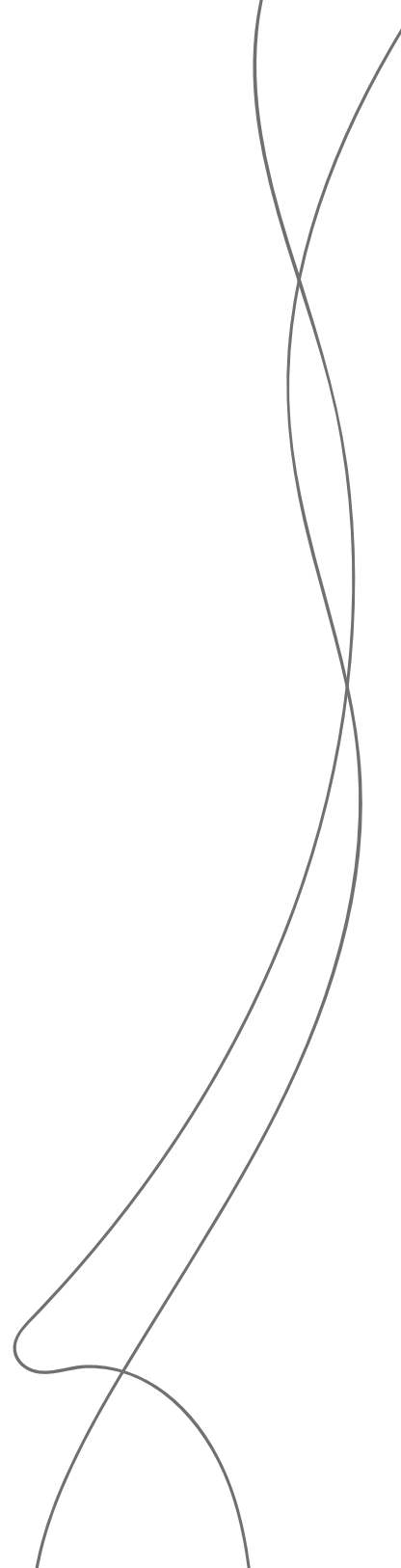
No sé si lo voy logrando, es decir, si más o menos he logrado no hablar de la novela de Gilda. Yo quiero quedarme pensando en esta novela, como en esta hermosa, suave y bien armada “trenza”, de tres historias. Cosas de mujeres, aparentemente, y de hombres, historias con las que uno se acuesta a dormir y se levanta al día siguiente con algo de nostalgia. Mujeres que tienen temores de ser humano, como es lógico. Personajes y situaciones que conmueven, que estremecen. Es testimonio con el que nos identificamos, sostenido por tal manejo del humor que, aunque seamos conscientes de lo que estamos leyendo, creemos que a lo mejor no ha de ser para tanto o confiamos en que por lo menos los personajes sí sabrán manejarlo. Que tal que Ena, más se llame Enita, o que Pancho tenga el desacierto de sus subrayados o que Teresa la escritora sea, aunque tiernamente, sorprendida por las reflexiones prácticas de su hija en cuanto a su muerte.

No sé si ya hablé más de lo que esperaba, no sé si me ha quedado esa especie de melancolía festiva. No sé si “di con ella” o si ella, la novela, dio conmigo. Siempre cada cosa que leo de Gilda me lleva a otra cosa y debo confesar que también ahora Gilda me sorprendió, una vez más, pero me protegeré al no decirles cómo ni cuándo. Lo mismo que si les dijera, que al final yo creo que la cobra blanca no era una cobra, sino sólo una tira de papel periódico que el viento movía continuamente, sin descanso.

Texto de lanzamiento de la novela *Dar con ella* de Gilda Holst

Guayaquil, julio 13 de 2000

1 “Una hermosa, gruesa y bien hecha trenza de pelo sano y brillante que baja pegada a la parte central de nuestra espalda” (Liliana Miraglia. “De la reconquista del cuerpo a la conquista del lenguaje, ponencia de Rosario”, Argentina, agosto 1998)



Fichas colaboradores





RAÚL VALLEJO CORRAL (MANTA, ECUADOR, 1948).

Doctor por la Universidad Pablo de Olavide, de Sevilla.

Ha publicado en los últimos años:

- *Mística del tabernario* (2015, Premio de Poesía José Lezama Lima, 2017);
- *El perpetuo exiliado* (2016, Premio Internacional de Novela Héctor Rojas Herazo, 2015, y Premio Real Academia Española, 2018);
- *Patriotas y amantes. Románticos del siglo XIX en nuestra América* (ensayo, 2017);
- *Gabriel(a)* (2019, Premio de Novela Corta Miguel Donoso Pareja, 2018);
- *Trabajos y desvelos* (poesía, 2022) y
- *Poéticas de Guayasamín* (texto transgenérico, 2022).

Miembro de número de la Academia Ecuatoriana de la Lengua. El texto inédito que se presenta en este número de Píxeletras es un capítulo de la novela breve Manuscrito de una crónica inconclusa, ganadora del XII Concurso Nacional de Literatura Miguel Riofrío, convocado por la Casa de la Cultura Ecuatoriana, núcleo de Loja. Más información en www.raulvallejo.com

VIVIANA CORDERO (QUITO, 1964).

Realizó estudios de Letras Modernas en la Sorbona en París.

Es autora de las siguientes novelas:

- *El Paraíso de Ariana* (1994),
- *El Teatro de los Monstruos* (2000),
- *Una pobre..., tan ¿qué hace?* (2001),
- *Mundos opuestos* (2010), *Voces* (2011),
- *Tres pasos de baile* (2019).

Es autora de las siguientes piezas teatrales:

- *Mano a mano* (2000),
- *Tres* (2001),
- *María Magdalena la mujer borrada* (2004),
- *Escenas familiares* (2005),
- *De arrugas y bisturís* (2006),
- *La torera* (2006), *Anatomía* (2007),
- *Amor... Puertas Afuera* (2009),
- *Amores.com* (2013),
- *Bien quedada o mal casada* (2014), y *¿Bailamos...?* (2018).

Es guionista y directora de las siguientes películas:

- *Sensaciones* (1991),
- *Un Titán en el ring* (2002),
- *Retazos de vida* (2007),
- *No robarás... a menos que sea necesario* (2013), y
- *Sólo es una más* (2017).

También escribió y dirigió la teleserie de 24 episodios *El gran retorno* (1996). Cordero reside en Portugal donde se encuentra trabajando en su última novela.

JORGE VELASCO MACKENZIE (GUAYAQUIL, 1949 - 2021)

Profesor universitario, narrador, dramaturgo y crítico. Es uno de los escritores más prolíficos de la literatura ecuatoriana. Autor de 19 títulos: 8 novelas, 7 libros de cuentos, dos obras de teatro, un libro de poesía y un libro de crítica de artes plásticas. Ganó en 1979 la beca de Círculo de Lectores que le permitió escribir en Europa el primer borrador de *El rincón de los justos*. Exponente de la novela histórica con dos títulos señeros: *En nombre de un amor imaginario* ganó el primer premio de la IV Bienal de Novela Ecuatoriana en 1996 y *Tambores para una canción perdida*, ganadora del premio de novela Grupo de Guayaquil en 1986.

ALEXIA CASTRO (MANTA, 2001)

Desde pequeña mostró interés por la literatura, participando en concursos nacionales e internacionales de redacción y lectura en los cuales quedó como finalista. Posteriormente, participó como miembro activo del Periódico Escolar de la Unidad Educativa Stella Maris, recibiendo un reconocimiento por su labor en el año 2019. Desde 2016 hasta la actualidad ha publicado historias de manera anónima en diversas páginas de internet, consiguiendo en 2023 su primera publicación en una revista. Actualmente estudia en la "Escuela Superior Politécnica del Litoral" y cursa el octavo semestre en la carrera de Diseño Gráfico.

JUAN A. PAREDES BECKMANN (GUAYAQUIL, 1992)

Licenciado en Literatura, investigador, docente y editor. Cuenta con un posgrado en Humanidades, mención en Arte, Literatura y Cultura Contemporánea. Sus intereses se centran en la conceptualización artística de la imagen, la filosofía y la crítica estética; además, explora áreas como el periodismo, el diseño editorial y el desarrollo de proyectos pedagógicos y culturales. Entre sus temas de investigación están el afecto tecnológico en la lectura, la digitalización del inconsciente y las nuevas transdisciplinariedades.

SILVIA PÉREZ LOOSE (1965)

Viene de una familia de intelectuales y escritores. Su padre fue Efraín Pérez Castro. Es licenciada en Literatura por la Universidad Católica Santiago de Guayaquil. Profesora por veinte años de las materias de literatura, filosofía y apreciación del arte, en la ciudad de Salinas, península de Santa Elena. Acreedora del premio Filantrópica (1992). Asistió por tres años al taller literario de Miguel Donoso Pareja (en la década de los 90 del siglo anterior). También participó en los talleres dictados por los escritores Jorge Velasco y Carlos Béjar Portilla. Por dos años fue integrante del grupo Mujeres del Ático.

Ha publicado dos libros de cuentos:

- *Una cortísima situación* (1993),
- *Aguajes y sequías* (2017).

Colaboradora en diversas antologías, revistas físicas y digitales, periódicos locales y de otras ciudades del país. Actualmente reside en Guayaquil, trabajando en una entidad pública.

LILIANA MIRAGLIA (GUAYAQUIL, 1952)

Egresada de la carrera de Literatura de la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil. Magíster en Escritura Creativa por la Universidad de las Artes.

Ha publicado dos libros de cuentos:

- *La vida que parece* (1989) y
- *Un close up prolongado* (1996).

Otros cuentos de su autoría han sido publicados en antologías de cuento ecuatoriano y latinoamericano, además de revistas y periódicos nacionales e internacionales. Ya no es fotógrafa, aunque esa profesión insiste en seguir manifestándose en sus textos. Pertenece a la generación de escritoras guayaquileñas que publicaron por primera vez a finales del siglo pasado.

LUIS CARLOS MUSSÓ (GUAYAQUIL, 1970)

Es doctor en letras por la Universidad de Alicante.

Ha publicado los poemarios:

- *El libro del sosiego,*
- *Propagación de la noche,*
- *Tiniebla de esplendor,*
- *Las formas del círculo* (reúne a los anteriores),
- *Minimal histeria,*

- *Evohé,*
- *Geometría moral,*
- *Alzheimer,*
- *Cuadernos de Indiana,*
- *Mea Vulgatae,*
- *Mester de altanería y*
- *Biopsia blues.*

Autor de las novelas:

- *Oscurana y*
- *Teoría del manglar,*

Autor del volumen de ensayo

- *Épica de lo cotidiano y de*
- *Rostros de la mitad del mundo* (semblanzas).

Ha recibido los Premios Nacionales de Poesía César Dávila Andrade y Jorge Carrera Andrade, así como los premios nacionales de Literatura Joaquín Gallegos Lara, Ángel F. Rojas, y el Premio de Periodismo José Peralta, entre otros reconocimientos. Obtuvo el Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines. Su obra ha sido traducida parcialmente a siete lenguas. Consta en la BBAE (Biblioteca Básica de Autores Ecuatorianos).

RICARDO ORTIZ SAN MARTÍN (GUAYAQUIL, 1936)

Es doctor en medicina, especialidad nefrología, por la Universidad de Guayaquil. Exdecano de la facultad de medicina del mismo claustro académico. Miembro de la la sección Ciencias Biológicas de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Núcleo del Guayas. Exdirector de Salud del Guayas. Pionero de los programas de diálisis de su ciudad y fundador del programa de trasplantes de riñón en el IESS. Entre los reconocimientos más importantes está el del Ministerio de Salud Pública al Mérito Científico y la Medalla de Honor del Congreso Nacional.

Es autor de varios artículos científicos para revistas especializadas de México y Ecuador.

- La lengua salvada (Báez Editores, 2016) es su primer libro.

ROCÍO SORIA ROMERO (QUITO, 1977)

Es comunicadora social, con estudios de postgrado en edición de medios impresos e historia del arte ecuatoriano; además, es magíster en literatura infantil y juvenil. Parte de su poesía ha sido recogida en antologías nacionales e internacionales, y traducida al inglés y al francés.

Ha publicado:

- Huella conceptual (2003),
- El cuerpo del hijo (2008);
- Isadora (2010), que ganó el Premio Nacional Ileana Espinel Cedeño 2008;
- Ictus (2013),
- Deterioro (2018),
- Pelotón de fusilamiento (2022);
- Casa de mariposas negras (Bichito editores, 2023), que obtuvo el Premio Jorge Carrera Andrade al mejor poemario publicado, y
- Tiniebla sagrada (2024), en co-autoría con el pintor Juan Carlos Jurado Reyna.

LUCÍA EUGENIA ORELLANA (GUAYAQUIL, 1959).

Sus poemas, relatos y traducciones han aparecido en revistas literarias y antologías en más de una docena de países. Obtuvo el primer lugar en el Premio Nacional de Poesía David Ledesma 2023 (Ecuador), The Wisehouse Internacional Poetry Award y United Poets Laureate International Poetry Prize. Orellana ha participado en festivales literarios y lecturas en Bali, Nueva York, Quito y Singapur. Es doctora en Psicología Social por Loyola University Chicago, fue becaria de Fulbright y docente de la Universidad Católica de Guayaquil. Obtuvo un MFA en Escritura Creativa en New York University, donde fue profesora visitante.



espol[®]

Facultad de Arte, Diseño y
Comunicación Audiovisual